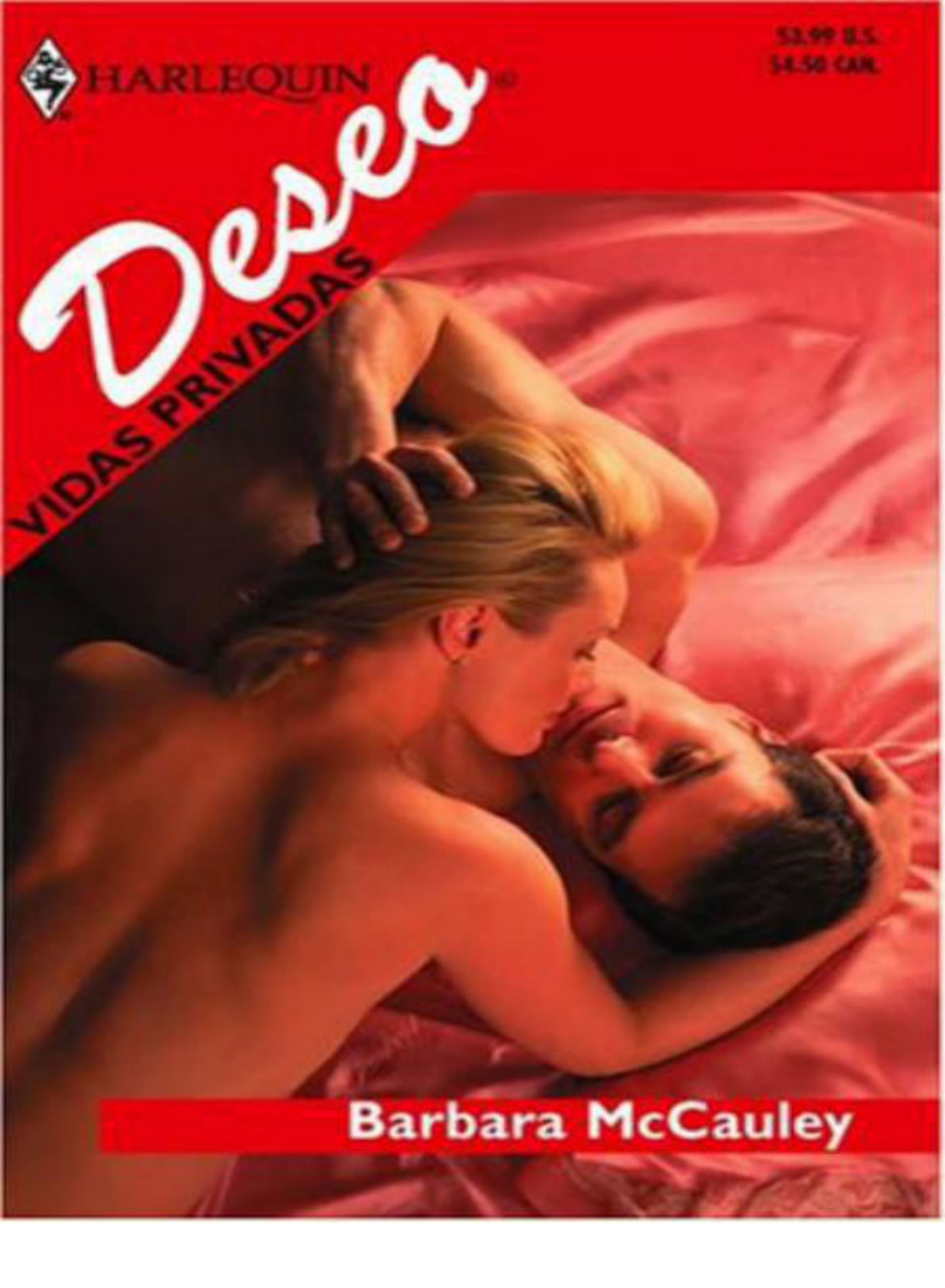

HARLEQUIN
Deseo
VIDAS PRIVADAS
$2.99 U.S.
$4.50 CAN.
Barbara McCauley

*Vidas privadas*

*Barbara McCauley*

*11º Blackhawk-Sinclair*

**Vidas privadas (2004)**

**Título Original: Miss Pruitt's private life (2004) Serie:** 11º Serie Blackhawk-Sinclair

**Editorial: Harlequín Ibérica**

**Sello / Colección: Deseo 1332**

**Género: Contemporáneo**

**Protagonistas: Evan Carter y Marcy Pruitt**

# *Argumento*

*¿Qué pasaría cuando la vida privada de la señora Pruitt se hiciera pública?*

*Ambos estaban en Wolf River, Texas, para asistir a una boda. Pero el viaje de Evan Carter y de Marcy Pruitt tenía otros propósitos. Para Marcy era un esperado descanso de su ajetreada vida como personajes televisivo. Para Evan…*

*bueno, en cuanto vio a Marcy sus prioridades cambiaron. De pronto, su principal objetivo era llevársela a la cama y tenerla allí para siempre… Y parecía que ella no discrepaba mucho. Ninguno de los dos pudo poner freno a la atracción y comenzaron un escandaloso romance…*

# Capítulo Uno

*Querida Marcy:*

*Voy a recorrer la costa oeste en tren y quiero ir ligera de equipaje pero necesito llevar ropa tanto informal como elegante. Va a ser un largo viaje y no quiero ir muy cargada, ¿qué me aconsejas?*

*Angie de Anheim*

Marcy miró por la ventana de su compartimiento y observó el hermoso campo texano. El calor de aquel día de julio no parecía molestar al ganado que pastaba en las interminables y secas praderas y a lo lejos se podía ver un molino de viento metálico.

Marcy pensó que era como una postal y se reclinó en el asiento. El suave traqueteo del tren era como una canción de cuna…

De repente sonó el móvil.

No importaba lo lejos que estuviera, siempre la encontrarían. Marcy miró el reloj. En Los Ángeles serían las ocho y medía. Sabía que la iban a llamar, en aquel mismo instante su mánager acabaría de leer la nota que le había dejado: *Helen, soy Marcy. Me voy de vacaciones tres semanas. Cancela todas mis citas y habla con Anna para atrasar las que sean ineludibles. Gracias.*

A Helen Dumbar no le agradaría la nota. El móvil no dejaba de sonar y Marcy se dio por vencida, era inevitable. Sacó el aparato del bolsillo y respondió:

—Hola, Helen.

—Marcy, cariño. He leído tu nota y voy de camino a tu casa para tomar un café y hablar un rato.

—No tenemos nada de qué hablar y no te molestes en ir a mi casa porque no estoy allí.

—¿Cómo que no estás en casa? ¿Dónde estás?

Marcy miró por la ventana de nuevo y vio un halcón. Aquella imagen pareció darle fuerzas para continuar la conversación.

—Me he ido.

—¿Cómo que te has ido? No puede ser… Tenemos una reunión con la editorial a la una y media para repasar la edición de noviembre. Tenemos que hablar sobre el artículo de cómo hacer un tapete de época con sábanas de la abuela y necesitamos una receta original para el relleno del pavo de navidad.

—Helen, ya te lo he dicho, me he ido. No estoy en Los Ángeles, de hecho ni siquiera estoy en California.

—¿Cómo?

Marcy oyó a Helen maldecir en voz alta, algo se le había caído.

—Te dije que necesitaba un poco de tiempo libre este mes —Marcy

sacó la invitación de boda del bolso y la colocó sobre las rodillas—. Así que me lo he tomado.

—Marcy —dijo Helen mientras suspiraba con impaciencia—. Cariño, ya hablamos del tema y decidimos que no era un buen momento. Tienes una entrevista para *Stylish Homes* el miércoles, una reunión con el coordinador de tu programa de televisión el jueves, una comida benéfica en el Ritz-Carlton el viernes.

Al pensar en aquella larga lista de reuniones, encuentros y actos sociales, Marcy buscó instintivamente un bote de pastillas contra la acidez que tenía en el bolso. Se quedó mirándolo unos instantes y después lo volvió a guardar y decidió recurrir a unos bombones que llevaba. Quizá el azúcar no lograra tranquilizarla pero haría que se sintiera mejor.

—Nosotras no decidimos nada, Helen, tú lo decidiste solita.

—Marcy, te necesitamos aquí, te prometo que buscaremos un momento mejor y podrás…

—No.

Ahí estaba, por fin lo había dicho. Helen parecía haberse quedado sin habla.

—¿No? ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir precisamente eso, que no. No voy a regresar.

Después de un largo silencio Helen volvió a hablar.

—Marcy, cariño, ¿te encuentras bien?

—Helen —Marcy hizo un esfuerzo por mantenerse firme—. El mes pasado te dije que no programaras nada para estas tres semanas.

—Pero cariño, nunca pensé que hablabas en serio y tampoco me contaste por qué…

—Y el mes anterior, te pedí lo mismo.

—Pero no dejan de aparecer oportunidades interesantes para ti, ¿cómo puedo rechazarlas? —el tono de Helen se volvió más dulce—. Cariño, sé que no has dejado de trabajar durante los últimos cuatro años, pero ha llegado la hora de recoger los frutos. Las suscripciones a *Life with Marcy Pruitt* se han multiplicado por cuatro, casi todo el mundo lee tu columna sobre la vida y la casa, tu libro figura en la lista de libros más vendidos del Times y tu programa de televisión va a empezar dentro de cinco semanas. Eres una mujer famosa, una autoridad dentro del mundo del hogar.

Mucha gente cuenta contigo. Más adelante tendrás tiempo para irte de vacaciones pero ahora mismo te necesitamos.

Marcy cerró los ojos y dejó que el lento traqueteo del tren la tranquilizara.

Quizá Helen tuviera razón. Quizá estaba siendo muy egoísta.

Quizá no debía tomarse vacaciones cuando toda la gente de su alrededor estaba trabajando tanto y no quería decepcionarlos.

Además tres semanas era mucho tiempo. Marcy volvió a mirar las invitaciones.

Clair Beauchamp había sido la única persona que se había esforzado por hacerse amiga de aquella niña que siempre estaba al margen. Una chica tímida con gafas de vistosa montura y un corte de pelo sencillo.

Era curioso pensar que lo que le había hecho tan diferente durante la juventud, en aquellos momentos le estaba dando fama.

Clair le había pedido que fuera su dama de honor y ella había aceptado. No podía negarse.

Marcy guardó la invitación en el bolso y decidió ser tajante.

—Le he dado las instrucciones necesarias a Anna. Ella los conoce tan bien como yo o mejor aún, puede sustituirme hasta que vuelva.

—¿Quieres que tu ayudante personal se encargue de tu empresa? No lo dices en serio.

—Lo digo muy en serio, Anna lleva con nosotros dos años, es perfectamente capaz de encargarse de todo, tan solo dale la oportunidad de demostrarlo.

Marcy pensó que era mejor no decirle a Helen que Anna era la única que sabía dónde iba y por qué. Marcy sabía que si Helen lo hubiera sabido nunca habría podido marcharse.

—Marcy, escucha, sé que Anna es una buena chica… Y reconozco que trabaja duro, pero…

—Lo siento, no estás siendo razonable, tengo que irme.

—Por favor, Marcy, escúchame, hay algo que no sabes, algo que debería haberte contado. Tengo que hablar contigo en persona, sólo dime dónde estás…

Marcy sabía que era una trampa pero tenía miedo de dejarse convencer así que apagó el móvil y lo guardó.

Durante los últimos cuatro años todo lo que acontecía en su vida estaba programado. Reuniones, entrevistas de televisión, más reuniones, visitas guiadas, actos benéficos. Seguía disfrutando con su trabajo como siempre pero durante aquellos cuatro años no había tenido ni un día libre.

Y había llegado el momento de hacerlo.

Marcy estaba nerviosa e ilusionada. Colocó las manos sobre las rodillas y miró por la ventana.

Evan Carver miró por la ventana hacia la piscina olímpica. El calor había atraído a muchos clientes del hotel hacia aquella zona. Entre ellos un grupo de señores mayores vestidos con pantalones cortos de

estilo hawaiano, una madre embarazada con dos niñas pequeñas, un grupo de adolescentes que jugaban al voleibol en un campo cercano y finalmente un grupo de mujeres morenas con bikini.

Evan sonrió.

Era un hombre soltero, estaba a la espera de comenzar un nuevo proyecto de construcción en tres semanas y se alojaba en el hotel donde también se alojaban un grupo de modelos de bikini que había acudido a una convención.

La vida le sonreía.

—Qué raro, no contesta al móvil.

Evan se giró para mirar a la futura esposa de su hermano. Ella se sentó tras la enorme mesa de su despacho. Parecía una más de las modelos de la piscina, aunque en realidad era la dueña de aquel hotel. Llevaba una chaqueta azul claro, el mismo color que sus ojos y una falda negra, igual de negra que su melena. Evan era consciente del gran atractivo de Clair, pero la veía como aquella hermana que nunca había tenido.

—¿Quién no contesta?

Clair frunció el ceño y colgó el teléfono.

—Marcy, tiene puesto el contestador.

Evan recordó que Marcy era la dama de honor y que Clair le había dicho que llegaría aquel día.

—Quizá lo tenga apagado.

—Marcy nunca apaga su móvil.

—¿Quizá está fuera de cobertura?

—No debería estarlo —Clair miró el reloj sobre su escritorio y volvió a marcar

—. Viene en tren desde Los Ángeles y quería hablar con ella antes de que llegue a la ciudad. Anoche le dije que yo iría a recogerla pero el editor de *Texas Travel* ha aparecido dos días antes de lo previsto y le prometí una visita guiada del hotel.

—Yo iré a recogerla —sugirió Evan mientras observaba a las mujeres de la convención.

—Te lo agradezco pero no es necesario, puedo mandar a un chófer del hotel.

—Lo haré encantado, además, le prometí a Jacob que me encargaría de todo hasta que regrese de Filadelfia mañana.

—Está en Boston —Clair se levantó de la mesa, se acercó a él y miró hacia la piscina—. Me alegra que te tomes tu trabajo tan en serio —le dijo mientras lo miraba fijamente—. Quizá debería mandar a un chófer del hotel.

Evan apartó la mirada de la ventana y sonrió.

—¿A qué hora llega?

—A las once y cuarto, ¿seguro que no te importa?

—Dime qué aspecto tiene y asunto zanjado.

Clair se dirigió a su mesa y le ofreció una revista.

—Aquí tienes.

Le dio una copia de la revista *Life with Marcy Pruitt*. En la portada de la revista aparecía una mujer morena con gafas, sentada en un campo de lavanda.

Evan se quedó pensativo. Cuando Clair le había dicho que su amiga se llamaba Marcy nunca había pensado que se tratara de aquella Marcy.

—¿Marcy Pruitt es tu dama de honor?

—¿La conoces?

—Por supuesto, ¿ha escrito un libro, no?

Clair asintió.

—Ha escrito dos libros, *La vida es fácil con Marcy Pruitt* y *La vida aún más fácil con Marcy Pruitt*, dos guías para el ama de casa moderna. Se ha hecho bastante famosa desde que nos separamos.

—Ya veo —Evan volvió a mirar la portada. Tenía su atractivo—. ¿Está casada?

Clair le quitó la revista de las manos.

—No, pero créeme, no es tu tipo.

Evan le guiñó el ojo.

—Cariño, todas las mujeres son mi tipo.

—Quizá no debería dejarla en tus manos…

—Pero si soy inofensivo, no te preocupes.

—Tú eres todo menos inofensivo, Evan Carver —dijo ella con una sonrisa—.

Además, hay que mantener el viaje de Marcy en secreto, viaja de incógnito, así que cuando vayas a buscarla busca un sombrero grande y blanco. Se va a alojar en la suite enfrente de la tuya, ¿podrás comportarte?

Él le sonrió con malicia.

—Intentaré controlarme.

—Eso es lo que me dijo tu hermano cuando lo conocí —dijo ella mientras le mostraba el anillo de compromiso—. Y ahora, míranos.

—No te preocupes, traeré a tu amiga sana y salva.

Evan volvió a mirar hacia la piscina, después de recoger a la amiga de Clair, se daría un baño.

A las once y cuarto Marcy salió del tren junto a los demás pasajeros. Le parecía ridículo quitarse las gafas y llevar un sombrero enorme, pero prefería ser precavida.

Aunque las posibilidades de que alguien la reconociera en la estación eran escasas, no quería arriesgarse y arruinar su recién adquirida libertad.

Llevaba la maleta en la mano y pasó junto a un grupo de adolescentes muy emocionados que parecían dirigirse a un campamento de verano. Se apartó un poco y miró a su alrededor en busca de Clair. No encontró a su amiga, pero no pudo evitar fijarse en un hombre moreno que sobresalía entre la multitud. Tenía los brazos cruzados y observaba atentamente a los pasajeros que bajaban del tren.

Ella no tenía mucha experiencia con los hombres, pero sabía reconocer a un hombre atractivo. Lo miró fijamente, después de todo estaba de vacaciones, podía permitirse admirar el «paisaje». Además, estaba claro que él no se había fijado en ella, los hombres como él no solían mirarla demasiado.

Debía de medir cerca de un metro noventa, era muy fuerte y también muy atractivo. Era moreno y musculoso, tenía las facciones muy marcadas y llevaba el pelo corto.

Tenía ojos marrones y Marcy siguió su mirada para verlo mirar a una atractiva mujer de pelo rojizo. La mujer le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Al ver aquella sonrisa, Marcy sintió como su pulso se aceleraba.

Sintió envidia por aquella mujer.

Sin embargo, instantes después la mujer de pelo rojizo se fue en dirección contraria.

Una mujer esbelta y rubia salió del tren, Marcy pensó que probablemente estuviera esperándola a ella, pero la mujer se dirigió hacia un hombre y dos niñas, después apareció una morena de ropa ajustada. Aquélla debía de ser la afortunada, miró al hombre para ver cómo reaccionaba.

—Disculpe.

Marcy se sobresaltó al notar como alguien le tocaba el hombro. Eran dos mujeres de cerca de cuarenta años que iban vestidas como monitoras de campamento.

—¿No es usted Marcy Pruitt? —le preguntó una mujer baja de pelo marrón.

Marcy se quedó estupefacta.

—¿Yo?

—Te dije que no era ella, Alice —le dijo la otra mujer, rubia y delgada, mientras se acercaba a ella un poco más—. No se parece nada a ella.

—Por Dios, Betty Lou —le dijo Alice mientras negaba con la

cabeza. Parecía harta de los comentarios de su amiga—. Es igual que ella, deberías ponerte las gafas.

—No necesito las gafas, no es ella.

—Sí que lo es —Alice volvió a mirar a Marcy y sonrió—. Tu artículo sobre tarjetas postales hechas a mano de la semana pasada me encantó.

—Es demasiado delgada —insistió Betty Lou—. Y demasiado alta.

Alice la miró ofendida.

—No hagas caso a Betty Lou —le dijo a Marcy en voz baja—. Le gusta llevar la contraria.

—No estoy sorda —dijo Betty Lou y después miró a Marcy de arriba abajo—.

Te digo que no es ella.

—Marcy —le dijo Alice con un suspiro—. ¿Podrías decirle a mi amiga que estoy en lo cierto?

Si había algo que a Marcy no se le daba bien, era mentir. Pero si les decía la verdad tendría que regresar a Los Ángeles. Se quedó mirando a cada una de las mujeres.

—Yo, bueno…

—Cariño, por fin te encuentro.

Marcy se giró para ver quién se dirigía a ella.

Y se quedó helada.

Delante de ella estaba el hombre moreno que había estado observando antes.

Estaba claro que la había confundido con otra persona porque la acababa de llamar cariño, pero antes de que pudiera decirle algo, él la estrechó entre sus brazos.

—He estado buscándote por todas partes.

Marcy estaba tan sorprendida que era incapaz de reaccionar, ni siquiera podía hablar. Cuando él besó sus labios, ella sintió como su pulso se aceleraba. Después la abrazó con fuerza.

—Me envía Clair —le susurró.

El calor de la respiración de él hizo que Marcy sintiera un escalofrío por todo el cuerpo y tardó un poco en entender lo que le acaba de decir.

—¿Clair? —repitió ella unos instantes después.

—Clair, tu amiga.

Evan se preguntó si había cometido un error y la miró fijamente. Su aspecto era diferente al de la revista, no llevaba gafas y parecía más dulce que en la foto. Sus ojos eran muy bonitos.

No podía ver el color de su pelo pero Evan estaba seguro de que era ella.

La soltó y rodeó su cintura con el brazo.

—¿Me presentas a tus amigas, cariño?

—Ellas… Piensan que soy Marcy Pruitt.

—Alice lo piensa, yo no —dijo la mujer rubia.

—Cállate, Betty Lou —Alice miró a Marcy—. Es igual que ella.

—A mi esposa la confunden con frecuencia —Evan se rio y agarró a Marcy con más fuerza—. La gente suele pedirle un autógrafo muy a menudo, ¿a que sí, cariño mío?

Marcy asintió un poco dudosa.

—Me… Me pasa a veces.

—¿Qué te dije? —le dijo Betty Lou mientras se cruzaba de brazos y miraba a Alice muy seria—. Marcy no está casada así que, ¿quién es la que lleva la contraria ahora?

—Podrías ser su hermana gemela —le dijo Alice aun sorprendida —. Es increíble.

—Tendrán que disculparnos, señoritas —Evan tomó la maleta de Marcy y les hizo un guiño a las dos mujeres—. Pero me gustaría llevar a mi mujer a casa y estar a solas con ella.

Betty Lou sonrió y agarró a Alice del brazo.

—No se preocupe por nosotras, lamentamos haberlos molestado.

Incluso mientras se alejaba con su amiga, Alice no dejó de mirarla. Para cerciorarse de que la mujer se quedaba convencida, Evan volvió a estrechar a Marcy entre sus brazos y la llevó en dirección contraria.

—Ha estado cerca, no estoy seguro de que hayamos convencido a Alice, ella podría…

—Espera —le dijo Marcy mientras se paraba en seco—. ¿Quién eres?

—Evan —él miró a su alrededor para ver si alguien los estaba observando y la aparto de la multitud—. Evan Carver.

—¿Carver? —repitió ella—. ¿El hermano de Jacob?

—Ése soy yo —le sonrió—. Clair te llamó al móvil para decirte que no podía venir pero no te localizó.

—Lo apagué —Marcy se mordió el labio y miró detenidamente a aquel hombre.

—A Clair le surgió algo inesperado, si no te fías puedes llamarla a su despacho de Four Winds.

—Te creo —se soltó y se puso recta—. Pero no me esperaba esas muestras de cariño, los desconocidos no suelen besarme, ni tampoco suelen llamarme cariño mío.

—Lo lamento —le dijo él con una sonrisa—. Clair me dijo que querías mantener este viaje en secreto y cuando vi a esas dos mujeres contigo… Tan sólo quería ayudarte.

—En realidad me ayudaste bastante, 1o lamento, no quiero que pienses que soy una desagradecida.

Marcy se sonrojó y con aquel color en las mejillas sus ojos verdes parecían aún más oscuros.

Evan se había dado cuenta de que la había sorprendido pero aquella inocente caricia en sus labios no podía considerarse un beso.

Aunque a él le había gustado. Aquella mujer tenía unos labios muy suaves.

En aquel momento una pareja pasó a su lado y la mujer se quedó mirando a Marcy. Evan se colocó delante de ella para que no pudiera verla bien.

—¿Voy a por el resto de tu equipaje? —le preguntó él.

Ella miró hacia la maleta que él tenía en la mano.

—Eso es todo mi equipaje.

Evan frunció el ceño.

—¿Sólo has traído una maleta para tres semanas?

—Hacer una maleta consiste en decidir lo que realmente necesitas y ceñirte a una lista. Ropa ligera, fácil de conjuntar y que no se arruga, dos pares de zapatos, unas sandalias, el neceser y un sombrero.

—Parece que has escrito un libro sobre el tema.

—Sólo un pequeño artículo en el apartado de viaje de la revista del mes pasado.

—¿En serio? —parecía que aquella mujer no se había dado cuenta de que bromeaba, quizá no tenía sentido del humor—. Y bien, ¿has escrito algo sobre cómo salir de una estación de tren llena de gente, sin ser vista?

—Eso saldrá en la revista de enero, todavía estoy investigando sobre el tema.

Durante un segundo Evan pensó que Marcy hablaba en serio pero después la vio sonreír ligeramente y se dio cuenta de que aquella mujer tenía sentido del humor.

Aquello le agradó, y más teniendo en cuenta que iba a pasar más de media hora con ella en el coche.

Evan sonrió y la agarró del brazo.

—¿Está preparada para salir corriendo de aquí, señorita Pruitt?

—Lista, señor Carver —se tapó con el sombrero y volvió a ponerse las gafas—.

Lo sigo de cerca.

# *Capítulo Dos*

*Querida Marcy:*

*Soy una de tus mas grandes admiradoras (probé la receta de tarta de chocolate que salió en la revista de febrero y me encantó). En las entrevistas que te han hecho siempre dices que eres una mujer tímida pero por televisión siempre pareces muy tranquila y segura de ti misma*

*¿Cuál es tu secreto?*

*Linda de Kansas City*

Marcy observó cómo Evan salía de la estación y conducía el elegante Sedan negro hacia la autopista. El coche estaba dotado de asientos de cuero y aire acondicionado y olía a nuevo. Aquel coche tan lujoso y sofisticado no parecía de él.

Aquellos brazos fuertes, aquellos hombros anchos y los vaqueros viejos eran más propios de un hombre con camioneta o con un todoterreno. Un vehículo que pudiera atravesar zonas de relieve irregular.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Evan.

—No, no me pasa nada, tan solo estaba admirando tu coche —le explicó al darse cuenta de que había estado acariciando la tapicería del automóvil.

—No es mío, es del hotel. Por alguna extraña razón Clair pensó que te sentirías más cómoda en este coche que en mi camioneta ¿Tenéis las mujeres de California algo en contra de las camionetas?

—No, por supuesto que no. A mí no me hubiese importado y además en realidad no soy de California, soy de un lugar llamado Burbridge en Ohio. Es una pequeña ciudad a las afueras de… ¡Ah!… Ahora lo entiendo, estabas bromeando —

dijo al verlo sonreír.

Él la miró unos segundos.

—Lo lamento, no pude resistirme, en realidad me gusta mucho conducir este coche. No hace ningún ruido aunque conduzcas rápido.

De repente Evan cambió de carril para adelantar a un camión y Marcy se dio cuenta de que a aquel hombre le gustaba correr de verdad. Se agarró al asiento con fuerza.

—¿Música?

—¿Cómo? —Marcy soltó un poco la mano—. Sí, claro, pon lo que quieras.

Evan se decidió por los Rolling Stones y mientras Mick Jagger cantaba, Marcy se dedicó a admirar el paisaje, estaban tan lejos de la ciudad…

—¿Uno se siente bien al huir un poco de todo, no?

—Sí, claro —dijo ella mientras observaba el calor que parecía derretir el asfalto

—. Todavía no puedo creérmelo, sigo esperando que Helen aparezca en cualquier momento, en el coche de al lado.

—¿Helen?

—Mi mánager, no debe estar muy contenta conmigo en estos momentos.

—¿Por qué? ¿Porque te has tomado un par de días libres? —le preguntó Evan.

Después aceleró para adelantar a una furgoneta. Marcy contuvo la respiración durante unos segundos.

—Tres semanas no son un par de días, y para Helen es una eternidad. Además, no le he dicho dónde estoy y eso la va a volver loca.

—Es bueno volver un poco loca a la gente de vez en cuando, hace que mantengan los pies en la tierra.

Marcy pensó que Evan debía de mantener a muchas personas, sobre todo a mujeres, con los pies en la tierra. Cuando la había besado, se había sentido como si hubiera perdido un poco el equilibrio.

Aunque sabía que no era un beso de verdad, aquella breve caricia le había hecho perder la razón durante unos segundos.

Estaba claro que era hora de empezar a salir con hombres, el trabajo había hecho que su vida privada desapareciera por completo. Y en aquellos momentos, cuando por fin había logrado tener un poco de espacio, no sabía qué hacer con él.

Lo que sí sabía era que había llegado la hora de dejar de comportarse como una niña tímida y asustadiza. Las situaciones novedosas siempre la ponían un poco nerviosa. Todavía se ponía nerviosa ante las cámaras, y eso que había aparecido en la televisión un par de veces ya.

Había logrado sobrevivir todos aquellos años con la fama gracias a las técnicas que había aprendido para calmarse. Marcy miró a Evan y pensó que había llegado el momento de utilizar alguna de aquellas técnicas.

—¿Estás bien? —le preguntó Evan unos instantes después.

Marcy estaba mucho mas calmada.

—Muy bien. Clair me dijo que tenías una empresa de construcción, ¿qué construyes?

—Viviendas, la mayoría de las veces. Compro abundante terreno y después construyo unas pocas casas. No construyo demasiadas porque me gusta que sean espaciosas y porque no me gusta permanecer

demasiado tiempo en un lugar, me pone nervioso.

—¿Nervioso por regresar a casa?

Él negó con la cabeza.

—Nervioso por seguir moviéndome, vivo en una caravana.

—¿Construyes casas y vives en una caravana? —le preguntó sorprendida.

—No estoy en casa el tiempo suficiente como para ocuparme de todo ¿Y qué hay de ti? ¿En qué tipo de casa vive Marcy Pruitt? Espera, déjame adivinarlo, en una casa de campo con una valla blanca y un jardín lleno de rosas.

—Más bien en una casa en el desierto con una valla y mucho polvo —Marcy se había enamorado de aquella casa en la ladera de una colina de la costa de Malibú—.

Me mudé hace seis meses y aún quedan muchas cosas por hacer.

—¿Aparecerá en tu columna dedicada a las reformas?

Marcy lo miró sorprendida, aquella columna era la más famosa de su revista mensual. A veces elegían una habitación de una casa, otras una casa entera.

—¿Conoces mi revista?

—Eché un vistazo a una que Clair tenía en su despacho. Una en la que aparecías en la portada.

—Ya sé —a Marcy no le gustaba aparecer en la portada pero los editores insistían en que tenía que salir por lo menos en cuatro de las doce revistas anuales—.

Nunca he reformado una caravana, ¿me dejarías reformar la tuya? —Él la miró como si estuviera loca—. Te prometo que no usaré ni rosas ni plumas —lo intentó tranquilizar.

—Gracias, pero no. Ya hemos llegado, señorita Pruitt —giró a la derecha y entró en una pequeña ciudad—. Bienvenida a Wolf River.

Era un lugar bonito y bastante poblado. Las fachadas estaban cuidadas y la calle estaba llena de gente aunque se notaba que el ritmo de los lugareños era tranquilo, nada que ver con el de Los Ángeles. Abundaban las camionetas y parecía una ciudad en fase de crecimiento. Marcy sabía que una de las últimas novedades de aquella ciudad era el hotel Four Winds. Estaba en el lado este de la ciudad, no era demasiado grande para ser un hotel de ciudad, pero los doce pisos de este edificio eran algo impactante para el paisaje de aquella humilde región. La entrada estaba compuesta por un pórtico con dos puertas de cristal y dentro había una fuente con una escultura de dos caballos. Una gran puerta llena de flores y de hombres uniformados y sonrientes daba la bienvenida a los clientes del hotel.

—Es precioso —dijo ella.

La primera vez que Evan había visto el hotel también lo había sorprendido. Era un lugar de una gran elegancia, sobre todo teniendo en cuenta el tamaño de Wolf River.

Evan se dirigió a una puerta a un lado del hotel y entró en un garaje reservado para los clientes que se alojaban en el último piso.

—Hay un ascensor privado que nos llevará hasta la suite —Evan salió del coche y le abrió la puerta a Marcy—. Me encantaría ensenarte el hotel pero es como un hijo para Clair y sé que querrá enseñártelo en persona.

—Estoy impaciente —Evan sacó la maleta del maletero y Marcy lo siguió hasta el ascensor—. Me resulta difícil creer que hace unos meses Clair estaba en Charleston, a punto de casarse con Oliver y… —se detuvo de pronto—. Lo lamento, no debería haber mencionado el tema.

—No es ningún secreto, Marcy —Evan sujetó la puerta del ascensor y la invitó a entrar—. ¿Lo conociste?

—Le vi un par de veces cuando fue a visitar a Clair a Radcliffe, pero no congeniamos. No le gustaba que Clair fuera amiga mía.

Evan frunció el ceño y apretó el botón del último piso.

—¿Por qué no le gustaba?

—Por aquel entonces tenía que trabajar para pagarme los estudios, trabajaba limpiando y cocinando para las fiestas de la facultad. En una ocasión escuché a Oliver decirle a Clair que no daba buena imagen relacionarse con una chica que limpiaba casas y le preparaba la comida a los profesores.

—¡Qué estúpido! —exclamó Evan.

Marcy sonrió.

—Creo que fue la única vez que he visto a Clair enfadada, le dijo que si no podía tratarme bien ella tampoco podría casarse con el. Después de eso Oliver era tan amable y tan simpático conmigo que a veces me costaba no reírme de él. Sabía que le costaba mucho, y eso me hacía aún más gracia.

—Parece que a los dos nos alegra que no se haya casado con el estúpido aquel

—dijo Evan.

Las puertas del ascensor se abrieron y llegaron a un recibidor con un suelo de mármol negro y una araña de luces. La suite de Marcy estaba al final del pasillo y cuando Evan abrió la puerta, una deliciosa fragancia sorprendió a Marcy. En la mesa de la entrada había un enorme ramo de rosas blancas.

—Son preciosas —dijo Marcy antes de acercarse a ellas y disfrutar de su fragancia. Estaba muy emocionada.

Evan la observó, allí estaba de nuevo. Esa mujer parecía tener una gran facilidad para emocionarse y a él le gustaba mucho esa faceta de Marcy Pruitt.

De repente se dio cuenta de que estaba pensando cosas extrañas y decidió volver a la tierra.

—¿El dormitorio?

—¿Perdona? —dijo ella mientras se giraba y lo miraba sin entender.

—Tu maleta, ¿quieres que te la lleve al dormitorio?

—No, no gracias —se apartó de las flores y se acercó a él con la mano extendida

—. Yo me ocuparé de la maleta, tú ya me has ayudado bastante y te estoy… —de repente dejó de hablar y olió a su alrededor—. Hamburguesas…

—¿Qué has dicho?

—Hamburguesas —dijo ella otra vez y después se giró y se dirigió hacia el salón comedor de la suite.

Evan se quedó intrigado y la siguió y vio cómo levantaba una tapa metálica del carrito de la comida.

—¡Mira esto! —dijo ella con una carcajada.

Evan dejó la maleta en el suelo y se acercó a ella.

—Es verdad, son hamburguesas —de hecho era un plato lleno de hamburguesas rodeadas de patatas fritas. Alrededor del plato había pequeños cuencos con condimentos variados, kétchup, pepinillos, queso…—. Es el servicio de habitaciones, ¿por qué te sorprende tanto?

—Es la forma de Clair de darme la bienvenida —dijo Marcy volviendo a reírse

—. Cuando estábamos en la Universidad, Clair siempre cuidaba lo que comía y siempre estaba con alguna dieta, aunque realmente no la necesitara. Pero yo siempre he sido una gran amante de la comida basura. Ésta es mi comida favorita.

—Eres de los míos —dijo Evan admirando la comida—. Quizá deberíamos casarnos.

—Ahora estoy un poco ocupada, pregúntame en otra ocasión ¿Quieres comer conmigo?

Evan se tomó unos segundos para tranquilizarse. Algo extraño pasaba con sus hormonas, parecían incapaces de mantenerse tranquilas.

Debía ser a causa de la deliciosa comida que tenía delante de él.

Sonrió y sacó una silla de debajo de la mesa para invitarla a sentarse.

—Estaba deseando que me lo propusieras.

Marcy observó como Evan se dedicaba a componer su hamburguesa. Ella se había limitado a añadir lechuga, tomate y algo de mayonesa, y él parecía fascinado con la mostaza y los pepinillos…

A aquel hombre parecía gustarle hacer todo a lo grande, aunque él también era grandioso, como su cuerpo, su aspecto, su carácter.

Y su masculinidad.

Marcy pensó que la mejor manera de apartar aquellas ideas de su cabeza era entablando una agradable conversación.

—Clair me dijo que Jacob y tú os criasteis en Nueva Jersey, ¿por qué viniste a Texas?

Evan le echó más mostaza a la hamburguesa.

—Estudié aquí, en la Universidad de Texas. Estudié ciencias.

Ella lo miró sorprendida y le pasó los pepinillos.

—Pero terminaste en el mundo de la construcción.

—Odiaba trabajar en lugares cerrados. Gracias.—Evan le echó más pepinillos a la hamburguesa—. Trabajé un verano de carpintero y me di cuenta de que no sólo me gustaba sino que además se me daba bien.

Ella se quedó mirando las manos de él mientras el terminaba de montar su hamburguesa.

Eran unas manos grandes y fuertes. Era fácil imaginarse aquellas manos trabajando duramente, pero cuando Marcy dejó volar su imaginación, no pudo evitar verlo sin camiseta y con el pecho lleno de sudor. Tuvo que apartar aquella idea de su cabeza.

Lo miró darle el primer mordisco a la hamburguesa. Después el frunció el ceño.

—¿Pasa algo? —le preguntó ella.

Él miró a su alrededor.

—Le falta algo.

—¿Más kétchup?

—No —Evan le puso unas patatas fritas—. Mucho mejor.

—¿Patatas dentro de la hamburguesa? —lo miró asombrada—. ¿En serio?

—Supongo que no figura en ninguna de tus recetas —le ofreció la hamburguesa

—. Pruébala.

—No, gracias —Marcy tuvo que reconocer que sentía curiosidad, pero comer lo mismo que él parecía algo demasiado personal.

—Un mordisquito nada más. Venga cariño mío, ¿a que no te atreves?

Ella frunció el ceño. Pero la estaba retando y la verdad era que olía bien, Marcy le dio un pequeño mordisco.

—¿Eso es un mordisco? —él negó con la cabeza—. Venga, muéstrame quién es realmente Marcy Pruitt.

Ella suspiró, agarró la hamburguesa con fuerza y le dio un buen mordisco.

Después saboreó aquella mezcla de sabores con los ojos cerrados.

—¿Y bien?

—Dulce… Y también algo salado… Interesante.

En algún momento entre el dulce y el salado Evan sintió cómo su boca se quedaba seca.

Aquella cara, con los ojos cerrados y los labios apretados, era una muestra de infinito placer.

Pero había sido la forma en que se había mojado los labios lo que había hecho que los pensamientos de Evan fueran en otra dirección.

No podía apartar la mirada de sus labios.

Aquella mujer tenía una boca preciosa. Era ancha, carnosa y al ver como su lengua volvía a humedecer los labios, Evan sintió un fuerte deseo de poseerla.

Pero no podía ser. Aquella mujer era Marcy Pruitt, y además era la amiga de Clair.

Evan decidió dar otro mordisco para distraerse, e intentó no pensar que estaba mordiendo en el mismo lugar que ella había mordido hacía unos instantes.

Marcy abrió los ojos y sonrió.

—Me gusta, ¿es un secreto o lo puedo usar en mi revista?

—No es ningún secreto, haz lo que quieras con él.

Ella se quedó pensativa.

—Creo que nunca he escrito un artículo sobre hamburguesas, puede ser interesante.

Evan pensó que no iba a ser un artículo muy largo ya que no había demasiado que decir sobre el tema.

De repente, Clair asomó la cabeza.

—¿Hay alguien en casa? —dijo con una sonrisa.

Evan vio como la cara de Marcy resplandecía al ver a su amiga. Se levantó y se acercó a ella y ambas se abrazaron con entusiasmo.

—¿Evan te reconoció sin problemas? —se apresuró a preguntarle Clair—.

Supongo que sí, si no, no estarías aquí… ¡Te he echado tanto de menos!

Marcy lloraba emocionada y se sacó un pañuelo del bolso para secarse la cara.

—Estás estupenda, estar enamorada y comprar un hotel te sienta bien.

—Tienes razón. Y tú… Tú tienes una revista y has escrito varios libros… Son muchos logros ya.

—Tengo unos colaboradores estupendos sin los que estaría perdida.

—Siempre has sido una persona modesta —Clair volvió a abrazar a su amiga—.

Y eso es una de las razones que me hacen quererte tanto. Tengo tantas ganas de que Jacob te conozca… Estará aquí mañana por la mañana, así que tú y yo tenemos toda una noche para nosotras solas.

—¿Puedo estar yo también? —preguntó Evan.

—Ni hablar —le dijo Clair y después se acercó a él y le besó la mejilla—. Pero gracias por recoger a Marcy, ¿te costó mucho encontrarla?

—No, el gran sombrero blanco me ayudó. Pero tuve que salvarla de muchas admiradoras.

—Dos no son muchas, además, Evan se libró de ellas muy bien.

—¿Ah sí? —Clair lo miró sorprendida—. ¿Cómo lo lograste?

Él sonrió a Marcy y ella se sonrojó.

—La besé y dije que era mi mujer.

—¿Cómo? —preguntó Clair estupefacta.

—Tenía que hacer algo, Alice y Betty estaban acosándola.

—¿Alice y Betty Lou? —repitió Clair algo confusa.

—En realidad la única peligrosa era Alice porque Betty Lou creía que Marcy no se parecía en nada a Marcy Pruitt.

Clair se quedó con la boca abierta y miró a Marcy.

—¿Está bromeando, no? —le preguntó a su amiga.

—No, está diciendo la verdad. Betty Lou pensaba que era demasiado delgada y alta para ser Marcy Pruitt.

Clair miró a uno y después al otro. Después se rió y volvió a abrazar a Marcy.

—Parece que tenemos mucho que contarnos, tengo la tarde libre así que podemos empezar ahora mismo.

—He entendido el mensaje —dijo Evan mientras se levantaba—. Que lo paséis bien.

—Gracias por recogerme —le dijo Marcy antes de que se fuera.

—No te preocupes —sonrió—. La próxima vez que necesites un chófer o un marido, llámame.

Ella se sonrojó.

—Lo haré.

—¿Me quieres contar qué ha pasado? —le dijo Clair mientras Evan cerraba la puerta.

—¿A qué te refieres?

—¿Te besó de verdad?

—Sólo para rescatarme de una situación incómoda. Te aseguro que las hamburguesas le interesaban más que yo, y te agradezco el detalle. Has sido muy atenta, señorita Beauchamp.

—A los cocineros les extrañó un poco mi pedido —dijo Clair con una sonrisa—.

Pero casi no has comido, siéntate y come mientras yo te hablo de Jacob.

La mirada de Clair estaba llena de amor.

—Debe de ser alguien muy especial porque nunca hablaste así de Oliver.

—He estado tan cerca de cometer el peor error de mi vida, Marcy —Clair se sentó en la silla donde había estado Evan—. Si Jacob no me hubiera encontrado, ahora mismo sería la señora de Oliver Hollingsworth.

Cuando Marcy le puso patatas fritas a la hamburguesa Clair la miró estupefacta.

Marcy sonrió.

—Es una idea de Evan.

—Ten cuidado con las ideas de Evan, tiene demasiadas.

—Es lo último de lo que he de preocuparme, los hombres no se interesan por mí.

—Eres una mujer hermosa, Marcy —le dijo Clair con firmeza—. Si no te escondieras detrás de esas enormes gafas y ese corte de pelo que te tapa toda la cara, los hombres se pelearían por ti.

La sugerencia hizo que Marcy se riera.

—No me escondo de nada, yo soy así, y aunque quisiera cambiar, no podría hacerlo. La gente espera que mi aspecto y mi comportamiento sean de una determinada forma.

Clair suspiró y negó con la cabeza.

—Cariño, si yo puedo aprender a no tener en cuenta lo que piensan los demás de mí, tu también puedes; hay una mujer salvaje dentro de Marcy Pruitt —Clair sonrió—. Tan sólo tienes que dejarla salir.

Marcy pensó que su amiga estaba diciendo tonterías, no existía ninguna Marcy salvaje. Aunque le gustaba estar junto a ella y decir tonterías como habían hecho tantas veces.

—Dejemos de hablar de mí, estábamos hablando de ti y de Jacob, ¿lo recuerdas?

Es hora de que empieces desde el principio y no omitas ningún detalle.

# *Capítulo Tres*

*Querida Marcy:*

*Mi novio y yo vamos a casarnos este verano y querríamos celebrar una ceremonia al aire libre pero nos preocupa el tiempo ¿Nos aconsejas algo?*

*Tyfany y Chris de Woodland Hills*

La historia de Clair era increíble. Parecía una película de ciencia-ficción. Era la historia de un matrimonio que había muerto en un accidente de tráfico en el que sus tres hijos habían logrado sobrevivir: dos niños, de nueve y siete años, y una niña que acababa de cumplir los tres años.

El perverso tío los acogió para quedarse con el dinero de la herencia y después contrató a un abogado para que los separara y los entregara en adopción. Ninguno de los niños sabía que sus hermanos existían pero veintitrés años después un primo se enteró de la verdad. Decidió contratar a un detective privado para encontrar a los niños y volver a reunir a la familia. Jacob era el investigador privado y Clair la hermana pequeña.

—¿Y descubriste esto dos días antes de casarte?—le preguntó Marcy sorprendida.

—Estaba probándome el vestido de novia y Jacob se acercó a mí cuando salí de la tienda. Me dijo que había nacido en la región de Wolf River, Texas, que mi verdadero nombre era Elizabeth Marie Blackhawk y que tenía dos hermanos mayores, Rand y Seth —ambas se habían sentado en el sofá del salón de la suite, les habían llevado té y unos pasteles. Marcy escuchaba atentamente—. Era una historia ridícula, y al principio no lo creí, pensé que estaba loco o que había cometido un gran error ¿Cómo podía creer que mis padres me habían estado mintiendo toda la vida?

—Clair sirvió dos tazas de té y le dio una a Marcy—. Pero cuando me enseñó los recortes de periódico, las fotos, el certificado de nacimiento, incluso las copias de los papeles de adopción que firmaron mis padres, de repente, lo entendí todo, entendí por qué a pesar de tener unos padres que me querían, dinero, recibir una buena educación… siempre había sentido que faltaba algo en mi vida. Que algo no iba bien y que por eso yo no lograba adaptarme.

Aquel sentimiento era algo con lo que Marcy se sentía identificada. Tras la muerte de sus padres, Marcy se había tenido que ir a vivir con su tía Hattie, una viuda que no tenía hijos y que nunca había sabido qué hacer con aquella niña de ocho anos. Ella siempre se había sentido fuera de lugar, siempre se había sentido diferente a los demás y aquello le había provocado mucho sufrimiento.

Pero siempre se había sentido muy a gusto con Clair, no importaba el tiempo que hubieran pasado sin verse. Parecía como si se hubieran visto el día anterior, todo era muy fácil con ella.

—Lamento no haber estado a tu lado en esos momentos —dijo Marcy con un suspiro—. Me he pasado los últimos años permitiendo que me dijeran dónde estar y con quién por el bien de mi carrera, pero finalmente he aprendido a decir que no.

—Eso está muy bien, brindemos por esa corta pero maravillosa palabra —

ambas brindaron con las tazas—. Pero casi mejor que no estuvieras, me hubiera sentido muy culpable si hubieras cancelado tu gira para promocionar el libro para ver cómo yo salía corriendo de la iglesia en el momento de dar el sí.

—En realidad me hubiera encantado estar presente para verlo, yo nunca tendría el valor suficiente como para hacer algo así.

Clair negó con la cabeza.

—En ese momento no me pareció un acto de valentía, pero cuando vi a Jacob al final de la iglesia y nuestras miradas se cruzaron, me di cuenta de que no podía casarme con Oliver. Me acerqué a Jacob y le pedí que me llevara, y desde entonces no he parado —Clair empezó a llorar—. Por primera vez en mi vida siento que las cosas son como deben ser. Encontrar a Jacob, a mis hermanos, a mi primo, comprar *Four Winds*. Y ahora que tú estés aquí, a mi lado. La vida es maravillosa.

—Me vas a hacer llorar a mí también —Marcy apretó la mano de Clair—. Me alegra tanto que estés tan feliz, Jacob es un hombre afortunado.

—Yo soy la afortunada —dijo Clair con una sonrisa—. Pero ya está bien de hablar de mí y de Jacob, quiero que me cuentes todo sobre tu revista. Dime una cosa… ¿es verdad que contestas todas las cartas que te envían pidiéndote consejo?

Marcy se rio y después bebió un poco de té.

—Todas y cada una de ellas.

Era una mañana estupenda para nadar. A las seis y medía de la mañana hacía todavía fresco y la mayoría de los clientes del hotel estaban desayunando. Todo estaba muy silencioso.

Evan se quitó la camiseta y se tiró al agua. Era como si no hubiera nadado desde hacía siglos, y en realidad llevaba sin hacerlo desde el instituto, hacía doce años. Era bastante tiempo.

Empezó a hacer largos. Se había levantado muy temprano, estaba tan acostumbrado que aunque no estuviera trabajando era incapaz de dormir más. Le gustaba mucho su trabajo, le gustaba todo, desde

diseñar la casa, hasta clavar un clavo. Había terminado su último proyecto hacía una semana y estaba impaciente por empezar el siguiente.

Las mujeres siempre eran su primera opción para disfrutar de su tiempo libre, pero cuando trabajaba, relacionarse con el sexo opuesto era imposible ya que su jornada comenzaba al amanecer y terminaba muy tarde por la noche. Lo que quería decir que cuando no trabajaba, tenía que esforzarse por recuperar el tiempo perdido.

La noche anterior había conocido a dos de las modelos de bikinis, Mandy y Suzanne. Lo habían invitado a una fiesta que iban a hacer aquella noche, pero tenía que asistir a la que celebraba su hermano y su prometida.

Evan sabía que una vez que su hermano estuviera allí, su presencia no sería tan importante, pero probablemente Clair no pensara lo mismo, así que tendría que disfrutar de la compañía de las modelos en otra ocasión.

Era una pena.

Sin embargo Mandy y Suzanne no eran las únicas mujeres que le interesaban, reconoció Evan mientras seguía nadando. Era extraño, pero también había estado pensando en Marcy.

Antes del día anterior, nunca había pensado demasiado en aquella mujer. Pero después de haberla conocido, le costaba mucho apartarla de su cabeza.

Evan sonrió al recordar aquel gracioso y enorme sombrero y aquella mirada sorprendida tras besarla en la estación. También recordó la sensual manera en que había olido las rosas y la expresión de infinito placer al saborear la hamburguesa.

En aquel momento, él había sentido ganas de saborear aquellos labios y le agradecía al cielo que Clair hubiera aparecido, porque quizá lo habría hecho.

Tal vez la besara algún día, un beso suave y dulce, algo que no la asustara demasiado. Tan sólo quería saborearla un poco, tenía que satisfacer su curiosidad.

O tal vez lo que necesitara de veras era hacer otros quince largos en la piscina, algo de ejercicio para quemar el exceso de energía que tenía siempre que no estaba trabajando. Sin embargo, Evan no podía dejar de pensar en el suave aspecto de los labios de Marcy, en lo tersa que parecía su piel.

Tal vez debía hacer veinticinco largos.

Marcy pensaba que el exterior del hotel *Four Winds* era elegante, pero cuando contemplo el recibidor de la planta baja no pudo salir de su asombro. Era maravilloso. Era sofisticado y elegante y además

poseía un estilo propio muy original. Hasta el último detalle estaba pensado.

Acompañó a Clair, que seguía con la visita guiada que le había prometido. Ya habían visto el gimnasio y el balneario, la tienda de ropa, el salón de belleza y una enorme e inmaculada cocina.

—Debes de estar agotada —le dijo Clair a Marcy cuando se detuvieron a observar una estatua de bronce sobre la mesa—. Entre el viaje y que ayer casi no te dejé dormir con tanta conversación…

—Creo recordar que yo también hablé algo, además, me acosté a la una de la noche, he dormido bastante.

—No lo suficiente si te levantas a las cinco y medía —Clair saludó a una mujer morena muy guapa que estaba tras la mesa de recepción —. ¿Y qué tienen de bueno las vacaciones si no puedes dormir hasta tarde?

Eran las seis y medía y a excepción de los empleados, la entrada del hotel estaba vacía. Era el mejor momento de visitar el hotel sin tener que llevar un sombrero.

—De todas formas, no hubiera podido dormir hasta tarde, tenía muchas ganas de conocer el hotel. Me encanta lo que has hecho aquí.

—Mi primo Lucas diseñó y construyó el hotel para que fuera un centro de turismo y conferencias —Clair llevó a Marcy por un pasillo hasta llegar a los ascensores—. Yo sólo hice alguna reforma cuando se lo compré, Olivia Cameron es la diseñadora de interiores con la que he estado trabajando los últimos meses. Tiene una tienda de antigüedades en la ciudad.

—Me encantaría conocerla —dijo Marcy—. La revista de enero la vamos a dedicar a tiendas de antigüedades pequeñas, quizá podamos incluir su tienda.

—Estará en la fiesta de esta noche, la conocerás entonces —Clair se quedó mirando el jarrón con flores que había sobre una mesa del pasillo. Giró el jarrón un poco y después continuó andando—. Quiero enseñarte mi despacho y después iremos a desayunar.

Marcy siguió a Clair. Ésta atravesó unas puertas de cristal que conducían a una zona para empleados y clientes de las suites. Allí se dirigieron a los ascensores. Las puertas de uno de ellos se abrieron y un hombre moreno con traje y corbata salió de él y sonrió a Clair. Tenía unos preciosos ojos azules.

—Señorita Beauchamp —dijo mientras la saludaba con la cabeza, después se giró hacia Marcy—. Señorita Pruitt. Bienvenida a Four Winds.

—Sam Prescott es el director general del hotel —explicó Clair—. Le dije que ibas a quedarte con nosotros un tiempo. Puedes confiar en

él y en el resto de los empleados, son muy discretos.

—Es un placer conocerlo, señor Prescott.

—Llámeme Sam —le dijo mientras le estrechaba la mano que ella le había ofrecido—. El placer es mío. Si hay algo que pueda hacer por usted, estoy a su disposición.

—Muchas gracias.

—Señoras —Sam mantuvo las puertas del ascensor abiertas para ellas—. Que tengan un buen día.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Marcy miró a su amiga

—¡Dios mío! ¿Acaso todos los hombres de aquí son guapos?

Clair apretó el botón del ascensor mientras se reía.

—Ya veras cuando conozcas a mi primo y a mis hermanos, si no estuvieran comprometidos hubiera ejercido de celestina por ti.

Marcy pensó de repente que Clair no había mencionado a Evan, lo que quería decir que él no estaba comprometido.

Había estado pensando en él el día anterior antes de irse a dormir. Le avergonzaba un poco pensar en ello. Ella nunca había tenido demasiadas fantasías sexuales, y no porque tuviera algo en contra de ellas sino porque nunca había conocido a ningún hombre que la hubiera… hecho pensar en aquellas sensaciones.

Pero al acostarse en aquella enorme cama, se preguntó qué habría sentido si él hubiera estado a su lado. Se preguntó qué sensaciones le provocaría sentir sus músculos, su piel, qué sabor tendría su cuerpo…

Aquella idea hizo que su pulso se acelerara.

—¿Estás bien? —dijo Clair mientras mantenía las puertas del ascensor abiertas para que Marcy saliera.

—Sí… Sí, claro, perfectamente. Es sólo que me sorprende que todo esto sea tuyo.

—Sí, a mí también —Clair sonrió y se dirigió al final del pasillo y abrió una puerta de roble—. Pensé que era la mejor manera de empezar una nueva vida y a la vez invertir la herencia de los Blackhawk. Pasa tú primero.

—Clair… Esto es maravilloso —dijo Marcy al entrar en el despacho de su amiga.

—Todavía tengo que cambiar un par de cosas, pero estoy en ello —Clair se acercó a la mesa y descolgó el teléfono—. Permíteme que mire si hay mensajes y después iremos a desayunar.

Marcy se acercó a los enormes ventanales y miró la piscina. Se puso las gafas y pudo ver a alguien nadar a lo largo de ella. Era un hombre y nadaba con elegancia.

De repente se detuvo en un extremo de la piscina.

El pulso de Marcy se aceleró.
Era Evan.
Cuando volvió a sumergirse en el agua para seguir nadando, Marcy no pudo apartar la mirada. Había algo hipnótico en su forma de moverse por el agua.
Después de hacer un par de largos se detuvo y salió del agua. El agua se deslizaba por su piel morena y ella no pudo evitar admirar cada uno de los músculos de su fibroso cuerpo. Evan se acercó a la zona de hamacas y comenzó a secarse con la toalla.
Marcy deseó tener unos prismáticos y se acercó aún más a la ventana.
—¿Estas lista? —le preguntó Clair después de colgar el teléfono.
—¿Perdona? —Marcy se giró para mirar a su amiga—. Sí, por supuesto.
Pero incluso cuando se dispuso a seguir a su amiga, fuera del despacho le resultaba casi imposible apartar aquella imagen del cuerpo mojado de Evan de su cabeza.
Después de vestirse, Evan tardó un rato en ver a Clair y a Marcy desayunando en uno de los patios privados de la sala de baile. Las observó desayunar antes de aparecer ante ellas.
Las mujeres lo fascinaban, eran impredecibles, cambiantes. Él ya había renunciado a intentar entenderlas, tan solo se limitaba a admirarlas. Le encantaba verlas moverse, olerlas, ver aquellas interminables curvas…
Miró a Marcy e intentó imaginarse la forma de sus caderas. Era una mujer delgada, pero parecía muy dispuesta a tapar su figura.
Estaba riéndose de algo que Clair había dicho, y su risa era armoniosa y suave.
Evan sonrió. Después la vio diciéndole algo a Clair al oído y ambas se rieron con ganas.
Sabía que debía alejarse, que debía dejarlas ponerse al día… Pero tenían mucho tiempo para hacerlo.
Entró en el patio.
—Buenos días, señoritas.
Marcy se quedó helada al verlo aparecer y Evan lo notó. Parecía haber desarrollado una actitud defensiva ante la gente extraña. Quizá ella no se daba cuenta, pero él entendía perfectamente por qué lo hacía. Debía ser horrible sentir que toda su vida estaba expuesta, que no tenía vida privada.
Él nunca podría vivir así, pero como no tenía que hacerlo, no era un tema que debía preocuparle.
—Evan —dijo Clair después de girarse para mirarlo—. Siéntate con

nosotras.

—No quiero molestar.

—Por supuesto que quieres —le dijo Clair mientras le servía una taza de té—.

Te aburres sin Jacob, reconócelo.

—Nunca me aburro cuando estoy cerca de mujeres hermosas —miró a Marcy

—. Buenos días, señorita Pruitt.

—Buenos días, señor Carver.

—Sois tan formales, y pensar que ayer estabais casados.

—Ella me dejó —dijo Evan con un suspiro mientras miraba los pasteles que estaban encima de la mesa—. Pero tal vez uno de estos pasteles y unos huevos con jamón logren mitigar mi pena.

—Veré lo que puedo hacer para conseguírtelos —le dijo mientras le ofrecía la bandeja de pasteles—. Y elige el pastel que quieras.

Antes de poder decidir, Evan se quedó mirando cómo Marcy se acercaba la taza a la boca para beber un poco de té. Una vez más la boca de aquella mujer le dejaba fascinado. Sabía perfectamente lo que elegiría…

Pero también sabía que Clair se refería al desayuno, así que se sirvió un pastel y se sentó junto a Marcy.

—¿Cuando va a volver el gran Jake? —preguntó.

—En cualquier momento —dijo Clair mientras miraba el reloj—. Pero es mío durante la mañana, tenemos cita con el fotógrafo, podrás estar con él esta tarde cuando vayáis a probaros el esmoquin.

Evan frunció el ceño, odiaba ir a probarse trajes.

—Sabes que aun estáis a tiempo de casaros en Las Vegas, me han dicho que hay algunos sitios donde te casan sin salir del coche. Y con la ceremonia te regalan tacos con guacamole.

Clair se rió.

—Tal vez me lo piense, sobre todo teniendo en cuenta la lista de espera que hay en la iglesia de Wolf River. Pensamos en hacer una ceremonia al aire libre, pero con este tiempo tan impredecible, decidimos hacerlo en una de las salas de baile.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Evan a Marcy.

—Creo que es una idea original.

—No lo animes —dijo Clair mientras observaba cómo su amiga se quedaba pensativa—. ¿No lo dirás en serio, no?

—No, no estaba hablando de Las Vegas, sino de otra cosa —Marcy no sabía cómo le aparecían las ideas. La experiencia le había enseñado a dejarlas fluir—.

Podrías construir un altar aquí mismo. Este patio es precioso, pero

seguramente no debe ser muy práctico a causa del mal tiempo y del calor. Podías construir aquí una capilla ajardinada y hacer que la gente se sintiera como si estuviera al aire libre independientemente del tiempo. Así podrías ofrecerlo como un servicio del hotel a lo largo de todo el año.

Clair y Evan se quedaron mirándola sin decir nada y Marcy se sintió incómoda y bebió un poco de té.

—Tan solo era una sugerencia —dijo poco después.

—Es una idea fantástica —dijo Clair. Después miró a Evan emocionada—.

¿Podríamos construir algo así en tres semanas?

—Es posible —dijo Evan mirando el patio—. Sobre todo con la gente adecuada.

Y aunque no pudiéramos terminarlo, podrías continuar con la idea de la sala de baile.

—Una pequeña cúpula quedaría estupenda —Marcy se lo estaba imaginando.

Una cúpula de roble claro con una araña blanca colgando del centro—. Con ventanas de cristal que puedan abrirse cuando haga buen tiempo.

Evan se levantó.

—Las ventanas de cristal están bien para la mitad del círculo pero la otra mitad habrá que cerrarla para construir un pequeño altar.

Marcy asintió.

—Si usas la misma piedra para el suelo y para la plataforma puedo diseñar una zona ajardinada a cada lado de las escaleras.

—¡Me encanta! —exclamó Clair con un salto. Después abrazó a Marcy y le dio un beso en la mejilla—. Eres genial.

—¿Y que hay de mí? Yo también he aportado ideas —dijo Evan ofreciendo su mejilla.

Clair lo abrazó y lo besó también.

—¿Por dónde empezamos? ¿Qué hacemos? ¿A quién deberíamos…? —de repente la emoción desapareció de su cara—. Esperad. No. Ninguno de los dos habéis venido aquí a trabajar, no puedo permitir que os encarguéis de esto.

Evan miró a Marcy y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

—No podrás detenernos —dijo él.

—¡Os quiero tanto a ambos! —dijo Clair con lágrimas en los ojos —. Estoy impaciente por contárselo a Jacob.

—¿Contarme qué?

Marcy miró hacia arriba y vio a un hombre en la puerta. Estaba claro que era un miembro de la familia Carver. Tenía el pelo igual de

negro y las facciones tan marcadas como Evan. Parecía un poco descuidado, con un poco de barba y una camiseta blanca arrugada. Se notaba que acababa de llegar de viaje.

—¡Jacob! —exclamó Clair emocionada. Acto seguido se arrojó sobre él.

Cuando se besaron, Marcy apartó la mirada para preservar su privacidad. Evan negó con la cabeza, suspiró y se reclinó en la silla.

—Esto puede durar bastante, ¿quieres otro té? ¿Un periódico para leer? ¿Una novela mejor?

Sin embargo Clair ya estaba arrastrando a Jacob junto a la mesa.

—Jacob, ésta es Marcy. Marcy, éste es Jacob.

Ambos se estrecharon la mano.

—He oído hablar mucho de ti —dijo él.

Marcy sonrió.

—Yo también.

—Cariño, no te lo vas a creer. Marcy y Evan van a construir una capilla para nosotros, justo aquí.

Jacob miró a su hermano.

—¿En tres semanas? —le preguntó sorprendido.

Evan asintió.

—Tendremos que hacer unos planos y conseguir trabajadores enseguida, pero eso no debería llevarnos más de un par de días. Tal vez lo podamos tener listo en dos semanas —sonrió a su hermano—. Tal vez hasta haga trabajar a tus dulces manitas.

—Ya veremos a ver quién es dulce aquí. La última vez que te vi en una obra te limitabas a dar órdenes a todo el mundo pero tú no hacías nada.

—¿Y qué puedo hacerle si soy tan guapo? —dijo Evan encogiéndose de hombros. Después miro a Marcy—. Siempre me ha envidiado porque yo siempre he sido el niño bonito de la familia.

—Dejad de demostrarnos el amor que hay entre hermanos —dijo Clair mientras negaba con la cabeza—. Marcy, Evan, vosotros sois los directores de este proyecto, os doy carta blanca —Clair miró a Jacob —. Ahora tenemos que hacer que parezcas presentable para que nos hagan las fotos.

Jacob frunció el ceño, después negó con la cabeza y besó a Clair.

—No haría esto por ninguna otra mujer —le dijo después.

—Yo también te quiero —dijo Clair con una sonrisa y lo besó de nuevo—. Tal vez podamos llegar unos minutos tarde.

—Por supuesto, cariño.

Ambos se agarraron del brazo y entraron en el hotel. Marcy suspiró y después miro a Evan que seguía negando con la cabeza.

De repente Marcy pensó en el trabajo que llevaría desarrollar el proyecto que acababan de decidir hacer.

—¿Podemos hacerlo, no? —le preguntó a Evan.

—Sin problemas, aunque probablemente necesitemos mucho de esto —dijo levantando su taza de café—. Y tendremos que trabajar juntos.

El pulso de Marcy se aceleró.

—Es por una buena causa.

—Tendremos que trabajar bastante para hacer los planos rápidamente y coordinar todo el trabajo.

—De acuerdo.

Él se acercó más a ella.

—Probablemente también tengamos que trabajar alguna noche.

El pulso de ella se aceleró aún más.

—Lo que haga falta, se hará.

Él miró los labios de ella y Marcy se quedó sin aire unos segundos. De repente él apartó la mirada y miró detrás de ella. Ella comenzó a girarse para mirar también pero él la detuvo.

—No te vuelvas ahora —le dijo él con un susurro—. Alguien nos está mirando.

—¿Quién?

—Quítate las gafas.

Ella se apresuró a quitárselas.

—¿Siguen mirando?

—Sí… Oh, no, vienen hacía aquí, será mejor que lo hagamos bien.

—¿Hacer el qué…?

Él contestó a su pregunta enseguida y la besó una vez más.

# *Capítulo Cuatro*

*Querida Marcy:*

*He invitado a los padres de mi novio a cenar y quiero que la mesa esté bonita sin gastarme mucho dinero ¿Tienes algún consejo para mí?*

*Melisa de Queens*

La primera vez que Evan la había besado, Marcy se había quedado tan estupefacta que no había podido reaccionar y aquella vez le pasó lo mismo.

Pero en aquella ocasión, ella le había devuelto el beso.

No sabía quién de los dos estaba más sorprendido, pero cuando los labios de él acariciaron los de ella, Marcy se dio cuenta de que no quería apartarse. Se había pasado casi toda la noche soñando con aquel hombre, ¿cómo podía desaprovechar aquella oportunidad, aunque fuera fingida?

No podía.

Sin embargo, estaba muy nerviosa. Su pulso se aceleró y le costaba respirar. Sin embargo él le había dicho que había que hacerlo bien y aunque ella no fuera ninguna experta en temas como aquél, estaba dispuesta a esforzarse al máximo.

Se inclinó sobre él y tocó su pecho. Los labios de él eran firmes y fuertes y ella creyó distinguir un sabor a manzana y a canela. El olor de su loción le recordó a los bosques húmedos de la amazonia. Un torrente de nuevas sensaciones recorría el cuerpo de Marcy.

Era increíble.

De repente ella sintió sus dudas y pensó que él se iba a apartar. Pensó que la idea que cada uno tenía de hacerlo bien era diferente y comenzó a sentir una mezcla de vergüenza y decepción.

Pero él no se apartó, sino que la agarró del cuello y la acercó más hacia él mientras seguía besándola, mientras recorría sus labios con la lengua.

Era maravilloso.

Marcy sintió algo nuevo, embriagador, pequeños escalofríos de placer recorrían todo su cuerpo. Pensar que alguien podía estar observándolos le había dejado de importar, lo único que quería en aquellos instantes era centrarse en aquella lengua que estaba recorriendo cada parte de sus labios.

Cuando se hizo un hueco dentro de la boca de ella, Marcy no pudo evitar temblar.

Su curiosidad no tardó en transformarse en un intenso deseo que le hizo apretar los dedos contra el pecho de él. Sintió el calor de su torso y el intenso latido de su corazón. El pulso de ella también estaba

acelerado, cada movimiento de la lengua de él hacía que ella sintiera un deseo que nunca había sentido antes. Aquella sensación le encantaba, aunque también le asustaba.

De repente oyó un ruido y recuperó la razón…

Abrió los ojos y se apartó lentamente de él.

Después se puso las gafas y deseó que él no notara el temblor de sus manos.

Temía mirarlo, temía notar que lo que acababa de ocurrir no significaba nada para él, o aún peor, que su falta de experiencia le hacía gracia.

—¿Se han ido? —preguntó ella finalmente.

—Sí, estás a salvo.

Marcy no estaba segura de aquello. Nunca estaría a salvo cuando él estuviera cerca de ella.

—Bien, ¿vamos a tu cuarto o al mío? —preguntó él.

Marcy se quedó estupefacta y alzó la mirada.

Le alivió notar que no parecía decirlo ni para reírse de ella ni con indiferencia.

Aquellos ojos parecían llenos de deseo. Ella tomó aire. Ningún hombre le había hecho nunca una proposición como aquélla.

—¿Qué has dicho?

—Tengo material de dibujo en mi habitación, convendría hacer un anteproyecto y enseñárselo a Clair. Después calcularé las medidas necesarias y haré los planos definitivos por ordenador.

—Por supuesto… En tu habitación estaremos bien.

Por lo menos el trabajo era algo en lo que ella se sentía completamente segura de sí misma, después de todo ella era una profesional. Mientras mantuviera su atención en el trabajo, estaría a salvo de Evan.

Sin embargo, cuando lo siguió hasta el ascensor e intentó pensar en el trabajo que tenían que realizar, se dio cuenta de que las siguientes tres semanas iban a ser un reto para ella.

Ver a Marcy trabajar era casi igual de maravilloso que besarla, pensó Evan dos horas más tarde. Pasaba de hacer anotaciones en su libreta a hablar consigo misma en cuestión de segundos. En aquellos momentos estaba haciendo ambas cosas mientras caminaba sin parar.

Parecía como si no notara su presencia, aunque de vez en cuando lo miraba con las gafas sobre la cabeza, hasta que sus ojos se abrían como platos ante una nueva idea y se disponía a escribirla en su libreta apresuradamente.

Él estaba sentado en la mesa del comedor. Se dedicaba a hacer un boceto tras otro con diferentes ideas y sugerencias, cada uno más

preciso y detallado que el anterior. Sabía que el diseño final estaba cerca, que tan solo tenían que concretar un par de detalles.

Se había dado cuenta de que ella era una perfeccionista y no le importaba, ya que a él solían acusarlo de lo mismo. En la construcción se había encontrado a mucha gente que se conformaba con que todo estuviera bastante bien, pero a él no le gustaba trabajar de aquella forma. Le había llevado mucho tiempo encontrar un grupo de gente y de abastecedores que tuvieran la misma filosofía que él, que fueran tan meticulosos como él. Algunos eran difíciles de aguantar, pero él lo hacía gustoso siempre que los otros también lo toleraran a él.

Le enseñó el último boceto que había hecho, debía ser el décimo.

—¿Qué te parece éste? —le preguntó a Marcy.

—Casi —le dijo ella mientras se tocaba el mentón pensativa—. Creo que el techo debería ser más alto, así le daría un aspecto más parecido a una catedral. El matrimonio es un vínculo tanto emocional como espiritual de dos personas, es una promesa que dura toda la vida. El ambiente que creemos debe apoyar esa promesa.

Evan no sabía qué decir. Aquello de la promesa para toda la vida no era algo que se le diera bien, aunque él sabía que Marcy no buscaba una respuesta. En aquellas dos horas que llevaban trabajando juntos, él se había dado cuenta de que ella no buscaba respuestas, sino que se hacía preguntas para analizarlo detenidamente en su cabeza, descomponerlo en todas sus partes para luego volver a componerlo hasta que las piezas quedaran perfectamente ordenadas.

También se había dado cuenta de que Marcy tan solo necesitaba las gafas para leer la letra pequeña, no le gustaba el agua con hielo y nunca había visto un reality show. Evan sentía como si supiera más sobre Marcy de lo que había sabido sobre las mujeres con las que había salido.

La vio sacarse un lápiz de detrás de la oreja, dibujó una ventana rectangular en el dibujo que él le había mostrado y se lo devolvió.

—¿Y si ponemos una ventana aquí? La luz a través de la ventana le dará un ambiente espiritual al lugar.

Él asintió.

—Buena idea, pero no podremos hacerla nosotros mismos así que tenemos dos semanas para encontrar una que ya esté hecha.

—Mi tía solía decir que una buena búsqueda mantiene la emoción.

Evan pensó que si Marcy seguía mirándolo de aquella forma, con los ojos brillantes y tan llena de entusiasmo, él iba a hacer que ella se emocionara de verdad.

La había besado antes siguiendo un impulso, un ardiente deseo de borrar aquel recatado aspecto de su cara. También había pensado que

si iban a estar trabajando juntos, debía apartarse de ella. Había pretendido que fuera un beso delicado y amistoso.

Sin embargo ella había hecho algo inesperado.

Le había devuelto el beso.

Y no había habido nada de amistoso en él.

Había sido un beso caliente. Un beso que había despertado todo su deseo.

Un beso que le había hecho perder el control y aquello era algo que no le gustaba. Él solía mantener todo bajo control, sobre todo en lo que se refería a mujeres y aquello le enorgullecía. Sin embargo cuando ella había respondido de aquella forma a su beso, cuando había tocado su pecho, él había perdido todo el control y en lo único que podía pensar era en su deseo de llevarla a la habitación de arriba, tumbarla en la cama y terminar lo que había empezado.

—Creo que es una idea maravillosa, Evan —dijo Marcy.

Evan la miró sorprendido, como si ella fuera capaz de leerle la mente.

—¿Qué es tan buena idea?

—El arco para la entrada, me encanta —ella estaba detrás de él y miraba el boceto por encima de su hombro—. Podríamos incluso pintar unas rosas para que parezca un cenador.

Había estado tan absorto pensando en hacerle el amor a Marcy, que casi no había prestado atención a lo que había dibujado.

Ella se inclinó y señaló una zona del boceto.

—Aquí podíamos poner otros arcos, encima de la zona acristalada, le dará un aspecto más delicado a la zona.

Evan estaba acostumbrado a trabajar con sus clientes en la fase del diseño, pero nunca había trabajado tan de cerca o por lo menos nunca el trabajar tan de cerca lo había distraído tanto. El olor de Marcy le recordaba a una flor de su infancia, una flor de olor dulce.

—Y aquí —siguió hablando Marcy sin notar lo incómodo que se sentía Evan—.

Por aquí entrara la novia así que deberíamos hacer una entrada mucho más grande y alta, que resalte.

Marcy se quedó unos instantes en silencio, estaba pensando en algo y después volvió a caminar por la habitación y tomar notas en su libreta.

Evan tomó aire y suspiró, le costaba mucho mantener el ritmo de Marcy y no podía evitar pensar cómo sería aquel ritmo incansable en otro tipo de contexto más íntimo.

No tenía intención de acostarse con ella, aquello estaba claro. Besarla era una cosa, pero acostarse con ella era completamente

diferente.

Si tenía suerte sería tan sólo una situación incómoda. No sólo porque era una amiga de Clair, sino porque no creía que Marcy fuera del tipo de mujeres que se acostaban con un hombre y no querían nada más.

Parecía más del tipo de mujer que buscaba un hombre para comprometerse.

Aquella idea le dio escalofríos y decidió centrase en el boceto que estaba haciendo. Dibujó lo que Marcy le había propuesto y se dio cuenta de que tenía razón.

A aquella mujer se le daba bien el diseño. La miró y la vio morder el lápiz pensativa.

Evan maldijo en voz baja.

Si la mujer que tenía delante no hubiera sido Marcy, él habría pensado que hacía aquel gesto para provocarlo, pero no era así, y Evan estaba seguro de que ella no tenía ni idea de que lo estaba volviendo loco.

—Marcy.

—¿Sí?

—Deja de hacer eso.

—¿Que deje de hacer el qué?

—Deja de morder el lápiz.

Ella frunció el ceño.

—¿Te molesta?

—Sí, me molesta mucho —ella lo miró confundida—. Además es malo para tus dientes.

—¿Ah sí? —Marcy se puso las gafas y se quedó mirando el lápiz.

—Sí —bueno, por lo menos podía ser malo.

Evan se reclinó en la silla—. ¿Por que no descansamos un rato?

—De acuerdo, iré a mi cuarto y así tú podrás…

—Siéntate.

—No, de verdad, yo debería…

—Siéntate —Evan le acercó una silla.

Ella dudó unos instantes y después se sentó.

Aunque estaba muy rígida.

—Háblame de tu tía —le sugirió Evan.

—¿De la tía Hattie? Era la hermana mayor de mi madre, se llevaban doce años.

Vivían en la misma ciudad. Cuando mis padres murieron ella me acogió.

Evan la vio agarrar un trozo de papel de la mesa y jugar con él.

—¿Cómo murieron?

—Vivíamos en una casa vieja y la instalación eléctrica era muy antigua. El dormitorio de mis padres estaba en la parte trasera de la casa y los bomberos no lograron rescatarlos a tiempo. Lo único que recuerdo es despertarme en la entrada de la casa y ver a mi tía abrazándome con fuerza mientras lloraba. Yo tenía ocho años.

Evan sintió ganas de agarrar aquellos dedos nerviosos de Marcy que no paraban de moverse.

—Debió ser muy duro —Evan no sabía qué otra cosa decir.

—Todo el mundo solía llamarla Henrietta Thatcher la excéntrica. Hacía esculturas con planchas viejas o cacharros que encontraba en la basura —Marcy sonrió—. Ahora que soy famosa la llaman la señora carácter. Vende sus esculturas en muchas galerías del país.

Marcy colocó el trozo de papel con el que había estado jugueteando sobre la palma de la mano. Había hecho un pequeño pájaro. Él la miró sorprendido.

—También se puede hacer con servilletas —le explicó ella—. Si tienes invitados para cenar es un buen elemento decorativo para la mesa. Si quieres te enseño a hacerlos.

Evan no podía verse haciendo pajaritos con servilletas para una cena en su caravana. Nunca haría algo así.

—Cuando quiera aprender, te lo diré —Evan agarró las manos a Marcy—. Creo que deberíamos hablar sobre lo que pasó esta mañana en el patio.

Ella bajó la mirada.

—Tienes razón, deberíamos hablarlo. Lo siento mucho.

Él frunció el ceño.

—¿Qué es lo que sientes?

—Bueno, sé que tan sólo pretendías evitar que alguien me reconociera y yo, bueno, me dejé llevar.

—Marcy…

—Besas muy bien, pero seguro que eso ya lo sabes.

—Marcy…

—No quise que te sintieras incómodo, sobre todo teniendo en cuenta que vamos a trabajar juntos. Pero te prometo que no volverá a suceder y si quieres yo…

—¡Marcy! —Evan se acercó a ella rápidamente y la besó. Después se volvió a sentar.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Marcy —volvió a hablar él con firmeza—. No te besé esta mañana por temor a que alguien te reconociera. Te besé porque quería hacerlo.

—¿Por qué querías hacerlo? —ella lo miró aún más sorprendida—.

¿Por qué?

—Lo llaman espontaneidad, tenía ganas de besarte y te besé. ¿Es tan difícil de creer?

—Bueno… Sí, me resulta difícil de creer.

—¿Por qué?

—No soy el tipo de mujer que suele provocar ese tipo de reacción en los hombres.

Antes de conocerla, y probablemente antes de besarla, él también había pensado lo mismo.

Pero en aquellos momentos no estaba de acuerdo.

—No quiero decir que no lo agradezca —como él no decía nada, ella siguió hablando—. Y lo disfruté mucho, pero creo que será mejor que no vuelva a suceder.

El estaba de acuerdo pero quería que Marcy le expusiera sus razones.

—¿Y por qué?

—En primer lugar porque vamos a trabajar juntos y algo así puede distraernos de nuestra tarea —Evan tenía que reconocer que tenía razón—. Y en segundo lugar, no nos llevara a ningún sitio así que puede resultar… frustrante.

Tenía mucha razón, pero Evan no pudo evitar sentir curiosidad.

—¿Qué quieres decir cuando dices que no nos llevará a ningún sitio?

Ella se sonrojó aún más de lo que estaba.

—Al desarrollo habitual de la atracción que dos personas sienten el uno por el otro, a un mayor nivel de intimidad.

Él no pudo evitar sonreír.

—Me encanta cuando una mujer habla de cosas tan íntimas, estoy impaciente por escuchar el tercer punto.

—En tercer lugar —dijo ella con suavidad. Después lo miró fijamente—. Me gustas —él la miró sorprendido, era la primera vez que una mujer le decía que no quería intimar con él porque le gustaba —. Vas a ser el cuñado de mi mejor amiga, estoy segura de que nos veremos de vez en cuando, si nosotros…

—¿Nos acostamos?

Ella asintió con la cabeza y bajó la mirada.

—Estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo. Nos sentiríamos incómodos.

Evan se reclinó en la silla, el típico razonamiento femenino, pensó con un suspiro. Sabía que no debía discutir sobre temas así.

Y además ella tenía razón, aunque a él no le gustase.

—De acuerdo, no volveré a besarte, nos centraremos en la

construcción de esta capilla, ¿de acuerdo?

—Estupendo —ella contestó con una sonrisa tan complaciente que él no supo si alegrarse o sentirse insultado.

Sonó el teléfono y Evan fue al comedor a contestar. Agradeció tener una excusa para alejarse de Marcy.

—¿Puedo hablar con Marcy Pruitt, por favor?—dijo una mujer al otro lado del teléfono.

—¿Marcy Pruitt? —repitió él sorprendido.

Marcy se quedó mirando a Evan muy sorprendida.

—Sí, dile que soy Anna.

—¿Anna qué más?

Marcy se levantó rápidamente y le quitó el auricular de las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella en cuanto tuvo el auricular.

Evan vio como Marcy palidecía a medida que escuchaba hablar a Anna.

Aquella mujer no parecía ser portadora de buenas noticias.

—¿Estás segura de esto que me estás contando? —Marcy se peinó un poco con la mano—.

De acuerdo, no diré nada, te lo prometo. Llámame por la mañana pero no uses el teléfono del despacho.

—¿Algún problema? —preguntó Evan en cuanto Marcy colgó el teléfono.

—Voy a matar a Helen.

—¿A tu mánager?

—Mi antigua mánager, no puedo creer que me haya hecho esto. Incluso para ser ella es exagerado.

—¿Qué es lo que ha hecho?

Marcy apretó los labios con fuerza.

—Ha contratado a un detective privado para buscarme.

# Capítulo Cinco

*Querida Marcy:*

*Una amiga me ha encargado programar la fiesta de su boda ¿Tienes alguna idea de juegos que puedan jugar tanto hombres como mujeres?*

*Arlene de Indianápolis*

—¿Que ha contratado a un detective privado?—repitió él.

—Anna me ha dicho que la oyó hablar por el móvil y que tan solo pudo escuchar parte de la conversación, pero por lo que pudo escuchar, está casi segura de que Helen ha contratado a alguien para que me encuentre.

—Increíble… ¿No es un poco exagerado?

—Sí, está yendo demasiado lejos —dijo Marcy cada vez más enfadada—. La voy a matar.

—¿Por qué no lo dejas en un simple despido?

—Eso no lo disfrutaría —Marcy apretó los puños y caminó de un lado a otro—.

No puedo creerlo.

—¿Así que no la vas a despedir?

Marcy llegó hasta el sofá y luego se dio la vuelta.

—No puedo hacerlo.

—Seguro que puedes romper el contrato teniendo en cuenta las circunstancias.

Marcy volvió a darse la vuelta y negó con la cabeza.

—No tenemos contrato.

—No puede ser, estás bromeando…

—Sé que parece extraño pero nunca hemos necesitado un contrato, confío plenamente en Helen.

—Un momento, me estás poniendo nervioso con tanto paseo. Siéntate.

Cuando ella se sentó en una silla junto a él, Evan apoyó sus manos en las rodillas de Marcy y se inclinó sobre ella.

—¿Estás hablando de la misma persona? ¿De la mujer que ha contratado a un detective privado para encontrarte?

—Nuestra relación no tiene nada que ver con abogados, contratos y leyes.

Aunque te parezca extraño, nuestra relación se basa en la amistad y en la confianza.

Tal vez a Helen le guste controlar mi vida y sea muy exigente, pero nunca me haría daño.

—¿Y esto no te está haciendo daño?

—No, pero me enfurece.

Él negó con la cabeza.
—No lo entiendo.
Marcy intentó no pensar en lo cerca que Evan estaba de ella y tampoco en el hecho de que hacía unos minutos la había besado una vez más.
—Quizá si te cuento cómo empezó nuestra relación lo entiendas. Después de la Universidad me mudé a Los Ángeles y creé mi propia empresa de catering. Tenía bastantes clientes fijos pero había mucha competencia y yo no entendía de contabilidad. Después de un año de trabajo tenía muchas facturas sin pagar y debía dos meses de alquiler. Estaba arruinada y cansada y decidí dejarlo pero entonces conocí a Helen—. Marcy recordó lo sola que se había sentido viviendo en un apartamento diminuto y trabajando en un local aún más pequeño—. Estaba llevando el catering para la fiesta de cumpleaños de un famoso productor de Hollywood.
Había decidido que sería mi último trabajo y con él podría pagar las deudas que me quedaban y que quizá tuviera también el suficiente dinero para pagarme la gasolina de regreso a Burbridge. Helen se acercó a mí durante la fiesta y me dijo que había hecho el mejor soufflé de chocolate que ella había probado en la vida y también me dijo que había algo en mí, algo que ella creía que podría vender. Me dijo que en tres años Marcy Pruitt podía convertirse en alguien famoso en el mundo del hogar. Yo me reí y pensé que estaba loca y aunque me dio la tarjeta, no la llamé. Sin embargo ella apareció en mi apartamento cuando estaba haciendo las maletas, me llevó a comer y entonces me contó los planes que tenía para mí. Tres horas después me alojó en un hotel y consiguió que tres famosos me contrataran mientras pensaba en cómo sería la portada de mi primer libro.
—Eso es increíble —dijo Evan—. Pero cariño, ella ha ganado mucho dinero gracias a ti.
—Se merece cada centavo que recibe —Marcy sabía que nadie trabajaba tan duro y con tanta dedicación como Helen—. Lo realmente importante fue que creyó en mí, creyó en mí incluso cuando ni yo creía en mí misma. Ella nunca se dio por vencida. Todo lo que tengo y en lo que me he convertido se lo debo a ella.
—Entiendo que le estés agradecida —dijo Evan mientras negaba con la cabeza
—. Lo que no entiendo es qué espera conseguir contratando a un detective privado para encontrarte, a no ser que esté pensando en secuestrarte y llevarte a Los Ángeles de regreso.
—Si pudiera hacerlo, quizá lo haría —Marcy sonrió—. Pero creo que lo único que quiere es saber dónde estoy y asegurarse de que

estoy bien. Además de ser muy testaruda tiende a preocuparse mucho por los demás.

—¿Por qué no la llamas y le dices que lo sabes todo y que lo deje?

—Para poder disponer de tiempo libre en el futuro, necesito que Helen confíe en Anna, si descubre que Anna me contó lo del detective, quizá no quiera volver a trabajar con ella. Y si es así sí tendré que volver.

—Mujeres —dijo Evan con un suspiro mientras agarraba una de las manos de Marcy—. Los hombres nos daríamos un par de puñetazos y seguiríamos adelante.

Cuando Evan apretó la mano de Marcy, ella sintió un temblor por todo el cuerpo.

—Preferiría que no le contaras esto a Clair por ahora, tiene demasiadas preocupaciones ya, no quiero convertirme en una más.

—Tienes que contárselo, Marcy. Ella podría avisar a sus empleados y pedir a los agentes de seguridad que mantengan los ojos abiertos.

—Se lo contaré esta noche, después de la fiesta —soltó la mano—. Deberíamos volver al trabajo si queremos terminar el boceto definitivo hoy, Clair y Jacob no tardarán en regresar y tú tienes que probarte el esmoquin esta tarde.

—Tantos preparativos… Cuando yo propuse que se casaran en Las Vegas era por algo.

Lucas y Julianna Blackhawk vivían en una casa de dos pisos a las afueras de la ciudad. No era una casa especialmente grande pero era bonita, pensó Evan mientras tomaba el camino que iba hasta la casa. Y además tenía mucho terreno a su alrededor y a lo lejos se veía a unos caballos pastando. Era un rancho enorme.

Había varios coches aparcados fuera de la casa y Evan aparcó su camioneta junto a un coche negro y apagó el motor.

—Ya hemos llegado.

Marcy no respondió y él la miró. Ella estaba mirando por la ventana, parecía estar muy lejos de allí, inmersa en sus pensamientos mientras jugueteaba con el collar que llevaba puesto. Llevaba un vestido negro que Evan nunca hubiera clasificado como sensual, pero formaba parte de aquel estilo conservador que la caracterizaba. Llevaba también unos zapatos de tacón bajos, nada pensado para atraer la mirada de los hombres.

Aunque él sentía que no podía dejar de mirarla, aquella mujer tenía algo… No sabía qué era, pero tenía algo. Evan se preguntó si Helen habría visto lo mismo en ella, aquel ingrediente especial, aquello que le podía llevar a la fama.

Estaba claro que Helen había sabido ver la atracción que Marcy

despertaba en los demás y había sabido venderla.

Tal vez aquella mujer fuera una víbora, pero era una víbora muy astuta.

Evan abrió la puerta de Marcy y después la agarró de la cintura para ayudarla a bajar de la camioneta.

—¡Evan! —exclamó ella—. No era necesario que me agarraras.

—La camioneta es muy alta —mantuvo las manos en la cintura de ella incluso cuando Marcy ya estaba en el suelo—. Estás muy guapa esta noche.

—Gracias —dijo ella sonrojándose—. Tú también estás muy guapo.

—Gracias —Evan no quería hacerlo pero le soltó la cintura y se aflojó un poco la corbata, que lo estaba ahogando. Se había puesto chaqueta y corbata pero llevaba un abrigo normal y pantalones de sport. Estaba deseando que la boda pasara cuanto antes.

—Tú primero —le dijo él. Evan la siguió mientras se fijaba en el armonioso movimiento de sus caderas—. Por cierto —le dijo él al oído antes de que ella llamara a la puerta—. Tienes unas piernas estupendas.

Ella se quedó mirándolo muy sorprendida pero no le dio tiempo a replicar porque en aquel momento Lucas abrió la puerta.

Evan sonrió y la siguió mientras pensaba que tal vez aquella fiesta fuera divertida.

Desde el momento en que Lucas abrió la puerta con su hijo de seis meses en brazos, las presentaciones se sucedieron una detrás de otra. Marcy no dejaba de estrechar manos, abrazar y sonreír. Los Blackhawk parecían gente muy jovial, llena de vida, aunque tal vez también algo ruidosos.

A Marcy le cayeron muy bien.

Tras las presentaciones Marcy tomó un vaso de vino y se apartó a un lado esperando a que llegaran los invitados de honor. Mientras lo hacía repasó mentalmente los nombres de las personas que acababan de conocer.

Rand y Seth, los hermanos de Clair, eran fáciles de recordar. Tenían la misma sonrisa que Clair y el pelo grueso y moreno. La mujer de Rand, Grace, era pelirroja y Marcy pensó que era tal vez la mujer más elegante de la fiesta. Después estaba Hannah, la mujer de Seth, una mujer de aspecto hogareño muy guapa y con ojos azules.

Después estaban los niños, Marcy no sabía muy bien quién era hijo de quién, pero parecía haber muchísimos niños que no paraban de corretear y reírse de todo.

Había por lo menos seis niños y los adultos parecían tan acostumbrados al ruido que hablaban entre ellos sin inmutarse.

Había dos parejas más en la fiesta, gente que Clair había conocido en Wolf River. Una eran Nick Santos y su mujer, Maggie, que estaba embarazada de su tercer hijo y Clay y Paige Bodine, que estaban a la espera de su segundo hijo.

—Creo que hay algo en el agua —Marcy se giró.

Una mujer muy guapa con pelo castaño acababa de acercarse a ella —. Soy Olivia Cameron —le dijo la mujer mientras le extendía la mano.

Marcy le dio la mano y no pudo evitar fijarse en los bonitos anillos y brazaletes que llevaba.

—Marcy Pruitt, ¿qué hay en el agua?

—El ingrediente secreto para fomentar casamientos y embarazos —Olivia bebió de su vaso de vino y miró a su alrededor—. Por lo menos espero que esté en el agua, como esté en el aire estamos todos perdidos.

Marcy sonrió.

—Tú eres la dueña de la tienda de antigüedades que ha decorado la entrada del hotel, Clair me ha hablado de ti. Me gustó mucho cómo lo dejaste.

—Gracias —dijo ella visiblemente complacida—. Pero he visto el artículo de tu revista en el que redecorásteis una granja antigua y eso sí que fue increíble. Me encantaron las antigüedades que sacaste del sótano de aquella casa.

Había sido uno de los proyectos favoritos de Marcy. Los dueños le habían pedido ayuda porque los turistas no acudían a aquel hotel familiar de la zona norte de California. Después del artículo a Marcy le habían dicho que el negocio iba muy bien.

—Tenían unas antigüedades maravillosas en el granero, tal vez te interesen, si quieres puedo llamar al dueño —le dijo Marcy—. También me gustaría visitar tu tienda. Me gustaría incluirte en un especial que vamos a hacer sobre tiendas de antigüedades pequeñas, si no te importa, por supuesto.

—¿Cómo que si no me importa? —le dijo Olivia muy sorprendida —. ¿Estás bromeando, no?

—En absoluto, podría hacerte la entrevista antes de volver a Los Ángeles y después de la boda te enviaré un fotógrafo.

—Bueno… —dijo Olivia visiblemente emocionada—. Por supuesto.

—¿Estás bien? —le preguntó Julianna a Olivia mientras se acercaba con una bandeja de ensalada de cangrejo—. ¿Quieres un poco de agua?

Marcy y Olivia se miraron y se rieron y Julianna se quedó desconcertada.

—Olivia piensa que las bodas y los bebés tienen algo que ver con el agua —le explicó Marcy.

—¿Es por eso? —dijo Julianna sonriendo. Después miró a su marido, que estaba jugando con su hijo pequeño y le estaba haciendo reír sin parar—. Entonces tendré que beberme ocho vasos al día por lo menos.

—Tú ya estás perdida, pero dime una cosa, ¿quién es ese hombre tan apuesto que esta hablando con Lucas? Y por favor dime que no está ni casado ni comprometido.

Marcy se giró para ver a quién se refería Olivia y se quedó inmóvil.

—Es Evan, el hermano de Jacob. ¿Quieres que te lo presente?

Olivia la miró complacida.

—Por supuesto que quiero.

—Antes tengo que ir a ver qué tal va la lasaña, después te lo presento.

—Yo puedo presentártelo —le dijo Marcy.

Olivia frunció el ceño y se quedó mirando a Marcy.

—Oh, Dios mío… ¿Has venido con él? Lo siento, no pretendía…

—No, él tan solo me trajo aquí desde el hotel. No es mi acompañante, casi no lo conozco.

—¿Estás segura? Porque si hay algo entre vosotros dos…

—No hay nada —Marcy le mostró una de sus más encantadoras sonrisas, como la que usaba en la televisión—. No me importa presentártelo, en serio.

—No es necesario —dijo Olivia mientras miraba fijamente a Evan. Se terminó la copa de vino y se dirigió hacia él.

—Atención caballeros, allí va ella —dijo Julianna al verla marchar.

—Evan sabrá arreglárselas —dijo Marcy.

—Si se parece en algo a Jacob, estoy segura de ello ¿Me disculpas un momento?

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Marcy, quería mantenerse ocupada.

—Muchas gracias pero no, estás aquí para descansar y relajarte —un grupo de niños atravesó la habitación y corrieron estrepitosamente hacia la escalera. Julianna sonrió—. Quizá de ahora en adelante debería beber agua embotellada.

Marcy miró a Evan y lo vio sonreír a Olivia y darle la mano. La mujer era preciosa, soltera y estaba claro que no tenía ningún interés en casarse ni en tener niños.

Era perfecto para ella.

No le gustó la idea.

No estaba preparada para regresar al bullicio de la fiesta así que

decidió salir al patio. Estaba atardeciendo aunque aún hacía calor y más allá de los juguetes de los niños había dos corrales y un granero de color rojo.

Se giró al escuchar las risas dentro de la casa.

Estaba claro que los Blackhawk eran personas muy joviales y cariñosas. Ella siempre había envidiado las familias como aquéllas, las reuniones familiares numerosas, las risas…

Por aquella razón había decidido crear una empresa de catering. Preparar las fiestas de otros le ofrecía la oportunidad de vivir aquellos momentos que siempre habían faltado en su vida. Le encantaba ver cómo la gente disfrutaba y participar de aquellas fiestas de lejos. Aquel trabajo le había dado muchas alegrías y se había entregado en cuerpo y alma a él.

Apoyó las manos contra la barandilla y miró el patio lleno de juguetes y de flores. De repente se dio cuenta de que todo lo que había conseguido no era suficiente. Ella quería tener algo como aquello en su vida, quería una familia, quería amigos, un hogar… No quería una casa, ya tenía una casa, quería un verdadero hogar.

Sabía que la atracción que sentía por Evan era la que había hecho que aquellos deseos de formar una familia aparecieran, nunca había sentido nada igual y era un sentimiento tanto novedoso como emocionante y aunque sabía que una relación con Evan era imposible, él le había abierto los ojos.

Marcy recordó lo que él le había dicho antes de entrar en la casa, ella sabía que él lo había hecho a propósito. Intentaba incomodarla, hacerle perder el control diciéndole cosas que él sabía que la desconcertaban. Él parecía no poder evitar hacer comentarios de aquel tipo, pero ella sabía que no debía tomárselo en serio.

Aunque tenía que reconocer que aquel comentario le había agradado.

—¿Estás escondiéndote?

Marcy se sorprendió al oír la voz de Evan y miró por encima del hombro. Le extraño ver que Olivia no estaba con él

—Tan solo estoy disfrutando de las vistas.

Evan tenía una botella de cerveza en la mano y se acercó a ella. Se había aflojado la corbata y aquel aspecto desenfadado lo hacía aun más atractivo.

—¿Acaso no hay vistas en Los Ángeles? —le dijo mientras se apoyaba en la barandilla junto a ella.

—No como éstas —un caballo atravesó el corral y Marcy se quedó mirándolo—.

¿Has estado alguna vez en Los Ángeles?

—Nunca he tenido que ir —él apartó un mechón de la cara de Marcy—. Pero si voy alguna vez serás la primera en saberlo.

Al sentir el dedo de él cerca de su cara ella se estremeció. Después él bebió un poco más de cerveza, ella casi no podía respirar.

—Marcy Pruitt, ¿cuándo pensabas contarme lo que sucede? —Marcy se sobresaltó al oír la voz de Clair. Se giró y vio a Clair en la puerta del patio.

Jacob estaba detrás de ella. Tenía una expresión de culpa en la cara.

Marcy se sonrojó y se apartó de Evan.

—No pasa nada.

—Sé que te llamaron esta tarde desde Los Ángeles y que te pasaron la llamada a la habitación de Evan. Parece que todo el mundo, incluso mi futuro marido, sabe qué te han dicho excepto yo —Clair frunció el ceño y miró a Jacob—. Y él no quiere contarme nada.

De repente Marcy se dio cuenta a qué se refería Clair. Estaba hablando del detective privado.

Marcy suspiró en silencio y miró a Evan.

—Se suponía que no ibas a decir nada.

—Bueno, en realidad… —dijo él—. Me dijiste que no le contara nada a Clair, pero pensé que Jacob debía saberlo y hacer averiguaciones.

—¿Hacer qué averiguaciones? —Clair levantó las manos exasperada—. Que alguien me cuente lo que está pasando o voy a empezar a gritar.

—Mi mánager ha contratado a un detective privado para saber dónde estoy.

—¿Qué? —exclamó Clair muy sorprendida—. ¿Hablas de alguien que trabaja para ti?

Marcy suspiró.

—Es una mujer muy tenaz…

—Ser tenaz es bueno para los negocios pero cariño, esto es tu vida privada.

Marcy se dio cuenta de que aquél era el problema, ella nunca había tenido una vida privada, y Helen no estaba acostumbrada a tener que lidiar con ella sobre aquello.

—No me importaría decirle un par de cosas a esa mujer —le dijo Clair visiblemente enfadada—. Le diría que…

—¿Por qué no dejamos este tema para otro momento? —sugirió Jacob mientras agarraba a Clair de los hombros—. He llamado a un compañero de Los Ángeles. Va a preguntar, esperemos a ver qué averigua. Mientras tanto, debemos mantener los ojos bien abiertos por

si vemos a alguien sospechoso en la ciudad o en el hotel.

Jacob agarró a su futura mujer de la cintura y le dio un beso en la frente. Clair se relajó un poco y se apoyó en él. Marcy pensó que era muy bonito ver a dos personas tan enamoradas.

A pesar de que se alegraba mucho por los dos, Marcy no pudo evitar sentir un poco de envidia. Pero al darse cuenta se avergonzó de sentir algo como aquello y lo apartó de su cabeza.

No era el momento de pensar en su vida amorosa, o más bien en su carencia de vida amorosa.

—Con la de cosas que los dos tenéis que hacer, no deberíais ocuparos de mí como si fuera una niña —Marcy negó con la cabeza—. No quiero ser una molestia.

—Cuidar de una amiga no es tener que ocuparse de una niña y desde luego no representa ninguna molestia —afirmó Jacob—. Además, tú tampoco viniste a trabajar y ahora estas diseñando la capilla para la boda.

—Eso no es trabajo, eso me divierte.

—¿Cuándo podremos ver lo que habéis hecho? —les preguntó Clair muy emocionada.

—Mañana por la mañana tendré el boceto listo —dijo Evan.

—No es que esté impaciente —dijo Jacob mientras agarraba a Clair con más fuerza—. Pero lleva toda la tarde hablando del tema y tuve que forcejear con ella para evitar que fuera a la habitación de Evan a molestaros.

—¿Forcejear? ¿Así lo llamas? —le dijo Clair mientras lo miraba estupefacta.

Jacob sonrió y la besó.

Evan miró a Marcy y negó con la cabeza.

—¿Es empalagoso, no crees?

Marcy pensó que era maravilloso pero decidió no decir nada.

—Deberíamos entrar en la casa —dijo Clair mientras le daba la mano a Jacob—.

Julianna me ha dicho que tenemos que hacer un juego antes de cenar. Si gano, tendrás que escribirme un poema y recitarlo delante de todo el mundo.

—Qué infierno —dijo Jacob—. ¿Y qué pasa si yo gano?

—Tengo que desfilar con toda la lencería que tengo para ti. En privado, por supuesto.

—¿Ah, sí? —Jacob sonrió y le dio la mano a su futura mujer—. Bueno, pues comencemos a jugar.

Evan negó con la cabeza mientras Clair y Jacob desaparecían en el interior de la casa.

—Hace seis meses, si alguien me hubiera dicho que mi hermano iba a aceptar jugar a un juego para novios a punto de casarse y aceptaría incluso escribir un poema, hubiera dicho que o estaba loco o muy borracho.

—El amor puede lograr cosas así —dijo Marcy.

Él se acercó a ella y le sonrió.

—¿Cosas como qué? ¿Que hagas estupideces?

Ella lo miró detenidamente. Debajo de aquella sonrisa ella sabía que Evan lo decía completamente en serio.

—Parece que nunca has estado enamorado.

—Prefiero mantenerme cuerdo, gracias.

Ella reconoció que tenía algo de razón.

—El amor es excitante, maravilloso, emocionante y si la persona que amas no te corresponde te sientes morir.

—Dios, parece divertido… Bueno, ¿y cómo se llama el afortunado?

—Leo Fitzmeyer.

Él la miró sorprendido.

—¿Leo Fitzmeyer?

—Tenía unos ojos preciosos —Marcy sonrió al recordarlo—. Todas las chicas de la clase estábamos enamoradas de él.

—Qué suerte tienen algunos —él se acercó a ella y Marcy notó cómo su pulso se aceleraba. De repente se sintió estúpida, ¿cómo podía hablar con Evan sobre su primer amor?—. ¿Y dónde está Leo ahora?

—En Nueva York —ella se apartó discretamente—. Compró un salón de belleza, parece ser que es un lugar muy distinguido.

Evan asintió.

—Entiendo.

—Leo tiene una mujer preciosa y tres hijos muy guapos, creo que ahora estaban intentando tener una niña.

—Eso es lo mejor de los hijos, cuando estás intentando tenerlos.

A pesar de los intentos de Marcy por no dejarse llevar por los encantos de Evan, ella se rió con ganas.

—¿No te gustan los niños?

—Por supuesto que me gustan, estoy deseando que Jacob y Clair tengan muchos pequeñuelos. Iré a verlos, me los llevaré un rato y me iré.

—Eres imposible —dijo ella mientras negaba con la cabeza. Sin embargo cuando se giró para marcharse, él la agarró del brazo.

—Tan solo quería decirte que estaré atento por lo del detective.

—Yo… —ella dudo un momento, no sabía qué decir—. Gracias.

Él dejó la mano durante unos instantes, de repente se escuchó una

carcajada que provenía del interior de la casa y él se soltó. Parecía que el juego acababa de comenzar. Evan suspiró.

—Después de usted, señorita Pruitt.

# *Capítulo Seis*

*Querida Marcy:*

*He estado viviendo en una casa can las mismas paredes y la misma alfombra desde hace veinte años. Creo que ha llegado la hora de hacer un gran cambio ¿Puedes darme algún consejo para darle un aire más divertido?*

*Tina de Tulsa*

Disfrutaba mucho trabajando con las manos y se alegró de hacerlo de nuevo. A Evan le encantaba trabajar con su gente, en aquel ambiente de ruidos y de olores a madera recién cortada. Le gustaba mucho construir y al final del día disfrutaba viendo lo que había logrado.

Se guardó el martillo en el cinturón para herramientas que llevaba y se secó el sudor de la frente. Había logrado los permisos rápidamente y ya habían derruido el techado del viejo patio.

Los cimientos para la capilla ya estaban hechos y estaban haciendo la instalación eléctrica.

No estaba mal para llevar una semana de trabajo.

Miró a su alrededor y admiró la obra, iban adelantados, algo raro en la construcción. El esfuerzo de sus hombres y las horas extras habían dado su fruto, pensó Evan mientras observaba a Tom dirigirse a la grúa que estaba colocando las vigas del techo.

Aunque sus hombres y Jacob no eran los únicos que habían trabajado duro.

Miró a Marcy, que estaba en otra zona probando las muestras de pintura. Iba vestida con un mono de trabajo. Evan se había dado cuenta que cuando trabajaba, Marcy se dejaba llevar por completo y no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

Quizá demasiado, pensó él mientras vigilaba que no hubiera nadie extraño en la obra.

Quizá a ella no le preocupaba que su mánager hubiera contratado a alguien para buscarla, pero a él si le preocupaba. Hasta que el amigo de Jacob verificara lo que Anna le había contado a Marcy y supieran quién estaba detrás de ella, debían tener cuidado. Había acordonado la zona de trabajo para que no entrara ningún cliente curioso y había permanecido cerca de ella toda la semana.

Al principio sus hombres se habían quejado. Le habían dicho que Marcy no los dejaba trabajar porque siempre estaba haciendo preguntas y dando nuevas sugerencias pero al final se habían acostumbrado a ella y le habían regalado un casco y un cinturón para las herramientas. Estaba claro que la habían aceptado como parte del

equipo.

Algunos de ellos la habían aceptado demasiado, pensó Evan mientras veía a James, uno de los más jóvenes, acercarse a Marcy con un refresco en la mano. El chico estuvo a punto de tropezarse cuando le dio la bebida a Marcy. Cuando ella le dio las gracias, él se sonrojó y se metió las manos en los bolsillos.

De repente James miró en su dirección y al verlo se apresuró a apartarse.

Estaba claro que al chico le gustaba Marcy, se había pasado el día anterior siguiéndola a todas partes hasta que Evan le había ordenado que volviera al trabajo.

Los demás hombres se habían reído del joven pero él no se lo había tomado a mal.

A Evan no le hacía ninguna gracia.

Él había pasado mucho tiempo con Marcy durante aquella semana, no sólo en el trabajo sino también por las noches. Todos los días después del trabajo, ella iba a la habitación de él y cenaban juntos mientras repasaban lo que habían hecho aquel día y lo que tenían que hacer al día siguiente, los pedidos que tenían que llegar. Ella había estado involucrada en cada momento de la construcción y él tenía que reconocer que había hecho grandes contribuciones, aportando ideas y sugerencias durante todo el proceso.

Estaba claro por qué había tenido tanto éxito en su profesión, su entusiasmo era contagioso, parecía disfrutar con cada cosa, por pequeña que fuera. En realidad Evan pensó que su infinita curiosidad y sus constantes preguntas lo iban a cansar, pero no había sido así. Formaban un buen equipo.

Y Evan se preguntaba si formarían también un buen equipo haciendo otras cosas.

Ella le había dicho que prefería que fueran amigos, pero él sabía que pese a saber qué era lo mejor para los dos, ella también parecía sentir curiosidad. Se había dado cuenta de que cuando él se acercaba demasiado a ella, cuando le tocaba la mano sin querer, ella no lo miraba con ojos de amiga, sino de algo más.

Él la ponía nerviosa, y él se había dado cuenta de que aquello era algo bueno.

Evan había logrado mantenerse apartado de ella mientras trabajaban, pero cada vez que Marcy aparecía en su habitación por la noche, Evan no podía dejar de pensar en besarla, y cada vez que se iba sentía ganas de decirle que se quedara. Después de todo ambos eran personas adultas, se sentían atraídos el uno por el otro y no estaban comprometidos. Era tan fácil…

Entonces, ¿por qué no lo hacían?

Evan la miró. Estaba bebiendo el refresco que le había llevado James. Cuando se mojó el labio inferior, Evan sintió cómo el deseo invadía todo su cuerpo.

Maldijo en voz baja y siguió trabajando.

Sabía perfectamente por qué no lo hacían. Nada era en realidad tan fácil.

Aquella mujer era diferente a cualquiera de las mujeres con las que había salido, diferente a las que le habían atraído. La vida entera de Marcy se basaba en el hogar y en el corazón. Matrimonio. Niños. Él no estaba preparado para aquello, no sabía si algún día llegaría a estarlo.

Ella regresaría a Los Ángeles después de la boda y él iría allí donde estuviera su siguiente trabajo. Marcy Pruitt no era el tipo de mujer que podría tener una aventura, además, a no ser que él estuviera muy equivocado estaba casi seguro de que era virgen.

Virgen.

Aquello era una razón de peso para mantenerse alejado de ella, no quería hacerle daño. Era una mujer delicada, frágil, como una taza de porcelana. Merecía mucho más de lo que él podía darle.

Clavó otro clavo en la madera y se alegró de tener el tipo de trabajo en el que podía soltar su frustración dando martillazos.

Sin embargo no tardó mucho en volver a mirar a Marcy, no pudo evitar mirarla y pensar que estaba muy atractiva con aquel casco, el mono y las botas. Incluso el enorme cinturón de herramientas que llevaba le gustaba.

James volvió a acercarse a Marcy y comenzó a hablar con ella y Evan decidió que ya había tenido bastante.

Guardó el martillo en el cinturón y se dirigió hacía allí. Cuando James lo vio acercarse, respiró y se tropezó con varias cosas mientras se disponía a volver al trabajo apresuradamente.

Cuando Marcy vio que Evan se acercaba, y sin darse cuenta de lo que pasaba entre los dos hombres, le sonrió.

—Justo a tiempo para darme tu opinión —le dijo mientras le mostraba las muestras de pintura sobre una madera.

Él tenía una opinión, y una idea muy buena, iba a llevarla a su habitación y desnudarla. Pero sabía que aquello no era lo que ella quería escuchar.

En aquel momento Evan se dio cuenta de que ella llevaba una camiseta de su empresa, la miró sorprendido.

—Bonita camiseta.

—Tom me la dio, me dijo que todos los miembros del equipo tienen una y que yo también debía tenerla ¿Te molesta?

El nombre de la empresa quedaba justo debajo de su pecho y el pulso de Evan se aceleró al verlo. Estaba deseando acercar sus manos y sus labios a aquellos redondos pechos… Maldijo una vez más. Le molestaba no poder tener una conversación con Marcy sin desear tocarla y besarla por todo el cuerpo.

—¿Por qué habría de molestarme?

Ella lo miró y después volvió a mirar las muestras que había hecho sobre la madera.

—¿Qué prefieres, el color puertas francesas, helado de vainilla o nublado nueve?

Evan se preguntó quién elegiría aquellos absurdos nombres y después se acercó para mirar las muestras de cerca.

—Compra un poco de cada uno, cuando terminemos con las paredes la luz cambiará y entonces decidiremos.

Ella asintió y se estiró un poco. Fue un movimiento inocente, algo que no pretendía provocar, pero a Evan le resultó muy atractivo, y en lugar de agarrarla de la mano y llevarla al dormitorio, apretó los dientes para contenerse.

Tenía que dejar de desearla tanto.

—Evan, esto es maravilloso —dijo ella mirando a su alrededor—. Has logrado hacer lo imposible en una semana.

—Yo no he sido, hemos sido los dos —Marcy tenía un poco de polvo en una de las mejillas, y el primer impulso de Evan fue limpiárselo con la mano, pero decidió no hacerlo—. Y las horas extras que Clair les está pagando a los chicos también ayudan, los motiva bastante.

Ella negó con la cabeza.

—No se trata sólo de dinero, eres tú también.

Trabajas muy bien con ellos, nunca le pides a nadie que haga algo que tú no harías. Tus hombres te respetan por ello, te respetan a ti. Hay cosas que el dinero no puede comprar y el respeto es una de ellas.

Evan miró a Marcy. No sabía qué decir. La sinceridad de sus palabras y aquellos enormes ojos verdes lo tenían hipnotizado. Nadie le había dicho nada igual, excepto Jacob. Pero Jacob era su hermano, los hermanos decían cosas así.

—Gracias —dijo finalmente mientras se encogía de hombros—. Pero pienso que a mis hombres les interesa mas complacerte a ti que a mí. Por si no lo has notado, tienes unos cuantos admiradores por aquí también. Tal vez tenga que despedir a James si no deja de mirarte.

Evan pensó que si lo hiciera y fuera justo, también se tendría que despedir él.

—¿James? —dijo Marcy con el ceño fruncido mientras miraba al

joven de la obra. Ella se sonrojó cuando se dio cuenta de que Evan tenía razón, No dejaba de mirarla—. No insinuaras que nosotros… —se sonrojó aún más y volvió a mirar a Evan.

—Sí, a eso me refiero.

—Pero debe de tener por lo menos cinco años menos que yo —dijo ella.

Después frunció el ceño—. No puedes despedirlo, me sentiría culpable si lo hicieras y en realidad no hay razones para hacerlo. Te prometo que nunca habrá nada entre nosotros, nada en absoluto —se colocó las gafas—. ¿No lo despedirías en serio, verdad?

Parecía que Marcy se estaba tomando muchas molestias para defender a James, aquello le dio que pensar pero le avergonzaba reconocerlo.

—No lo despediré, ¿de acuerdo? —le dijo Evan un poco molesto—. No lo haré mientras se centre en su trabajo. Su vida privada, o la tuya, no es asunto mío. Ahora,

¿podemos volver al trabajo?

—Por supuesto —dijo Marcy visiblemente aliviada mientras le mostraba una libreta—. He hecho unos dibujos y una lista para la zona ajardinada de fuera y de dentro. Tendré que pedir las flores y las plantas mañana. También tenemos que hablar del sistema de regadío y de la fuente. Si quieres lo podemos hacer esta noche…

—Muy bien —de repente le sonó el móvil y él se apresuró a contestar—. ¿Diga?

Marcy se quedó estupefacta al verlo contestar con tanta brusquedad. ¿Qué le pasaba? Había estado de bastante mal humor durante los últimos días, y a pesar de que él se había dado cuenta de que había trabajado mucho, ella no se merecía que la tratara de aquella manera.

Marcy vio cómo el gesto de Evan cambiaba y se volvía más amable.

—Hola Olivia, ¿qué tal?

Marcy se quedó muy decepcionada. No debía sorprenderla, en la fiesta de la semana anterior ella había dejado muy claro que Evan le gustaba. Aquella mujer era hermosa, segura de sí misma y estaba claro que no tenía miedo de buscar lo que quería.

—¿Cuándo? —le oyó a Evan decir, después miró el reloj—. De acuerdo, allí estaré —cuando terminó de hablar, Evan se giró hacia ella—. Cancelamos lo de esta noche, ¿por qué no pasas la noche con Clair? Podemos ver los bocetos y comentar tus ideas mañana por la mañana.

—Por supuesto —ella sonrió sin ganas y no quiso contarle que

sabía que Clair tenía una cena de negocios—. Lo pasaré bien.

—Estupendo —Evan miré a Tom—. Cuando terminéis de colocar esa viga, dejarlo por hoy. Tom, ten el material de las paredes mañana a las seis y media, quiero que estén terminadas dentro de tres días —le gritó a sus hombres. Después volvió a mirar a Marcy—. Jacob se pasará a verte esta noche por si hay algún problema —sacó el lápiz de un bolsillo y escribió algo en un papel—. Aquí tienes mi número de móvil por si necesitas algo.

Marcy estaba segura de que no lo iba a necesitar, estaba dispuesta a morir desangrada antes que llamarlo.

—Estaré bien.

—Estoy seguro de ello, pero quizá será mejor que te quedes en tu habitación.

Tómate la tarde libre y descansa un poco.

—Por supuesto, hasta mañana.

—Si, hasta mañana —le dijo Evan con una sonrisa antes de irse.

Marcy agarró la libreta con fuerza y lo observó marchar. La furia que sentía por dentro era difícil de controlar.

No estaba dispuesta ni a permanecer en su habitación ni a descansar.

Estaba cansada de que la gente la tratara como si fuera una niña, ya no quería seguir escondiéndose como un cachorrito asustado.

Y estaba cansada de la sencilla y modesta señorita Marcy Pruitt.

Necesitaría ayuda, por supuesto, era consciente de sus limitaciones, y como no podía pedírselo a Clair, tan solo le quedaba una persona.

Marcy entró en el ascensor y pulsó el botón de la tercera planta.

Evan regresó a su dormitorio aquella noche. Estaba muy satisfecho.

Recorrió el pasillo silbando. Eran tan solo las diez y media de la noche y aunque estaba cansado, también estaba excitado y muy despierto.

Se detuvo junto a la puerta de la habitación de Marcy y pensó en llamar para ver si estaba dormida. Intentó escuchar a través de la puerta pero no oyó nada.

El que él estuviera muy despierto no le daba derecho a despertarla a ella. Marcy había trabajado mucho y se merecía un descanso.

Aun así se sentía un poco culpable por haberla dejado sola aquella noche. Tal vez estuviera despierta, tal vez estuviera leyendo o viendo la televisión. Llamó a la puerta.

Nadie contestó.

Probablemente estaría dormida, quizá estuviera viendo la tele y no lo oyera.

Llamó más fuerte.

Seguía sin contestar.

Sintió ganas de llamar una vez más, pero no lo hizo. Si estaba tan dormida, era mejor dejarla descansar. No necesitaba verla aquella noche, la vería al día siguiente.

Cuando llegó a su habitación miró el teléfono. No había ninguna llamada. Tal vez debía llamarla, para asegurarse de que estaba bien. Ni siquiera tendría que levantarse de la cama para contestar, tan solo hablaría con ella unos minutos y después ella volvería a dormirse.

Marcy no contestó y él frunció el ceño. Aquella mujer debía tener un sueño muy profundo y después de dejarlo sonar cinco veces, colgó.

Suspiró y miró a su alrededor. La habitación estaba tan vacía.

Evan maldijo. La echaba de menos.

Después pensó un rato. Era viernes por la noche y los viernes una orquesta tocaba en el salón del hotel. Evan decidió que un poco de música y una cerveza fría sería la forma perfecta de terminar el día.

Se duchó, se cambió de ropa y estaba ya en la puerta cuando volvió a mirar el teléfono.

Sintió ganas de volver a marcar pero negó con la cabeza y salió de la habitación.

El salón estaba lleno de gente, Evan sabía que aquella idea de Clair de que una orquesta tocara los fines de semana había sido todo un éxito y allí acudían no sólo los clientes, sino también gente del lugar.

Evan se abrió paso entre la multitud. Una rubia le sonrió y él, por costumbre, le devolvió la sonrisa pero siguió caminando. Después una pelirroja muy guapa le hizo un gesto con el brazo para que fuera a bailar con ella, pero él negó con la cabeza.

Tal vez no había sido una buena idea, no tenía ganas de coquetear con nadie aquella noche. Había decidido irse y regresar a su habitación cuando de repente vio a Jacob sentado en la barra.

—¡Eh! —le gritó Evan mientras se acercaba y se sentaba en un taburete al lado de su hermano—. ¿Sabe tu novia que sales por la noche?

—He quedado con ella ahora —le dijo su hermano. Después le hizo un gesto al camarero para que le sirviera una cerveza—. Tenía una reunión hasta tarde.

—¿Una reunión? —repitió Evan. Se puso serio—. ¿No ha estado Clair con Marcy?

Jacob negó con la cabeza.

—Clair me dijo que Marcy estaba contigo.

A Evan no le estaba gustando lo que su hermano le estaba contando.

—¿Por qué pensaba que estaría conmigo? —Marcy le dejó un mensaje en el contestador a Clair diciéndole que estaría fuera toda la tarde. Pensamos que estaría contigo.

—No estaba conmigo —dijo Evan con el ceño fruncido—. Le dije que se quedara en la habitación.

—¿Qué le dijiste qué?

—Quizá fue más bien una insistente sugerencia —Evan estaba preocupado y miro a su alrededor. Vio a un hombre sentado junto a una morena de pelo corto muy guapa e intentó recordar por qué la cara del hombre le resultaba familiar—. Lo hice por su propio bien.

—¿Por su propio bien? —repitió Jacob mientras lo miraba incrédulo—. ¿No sería más bien por el tuyo?

Evan bebió un poco de cerveza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Marcy te gusta —dijo Jacob—. Aunque eres el único que aún no lo sabe.

Bueno, tú y James.

Evan se rió y volvió a beber.

—Estás muy equivocado, a mí no me gusta…—se detuvo y miró fijamente a su hermano—. ¿Qué pasa con James?

—Es un buen chico, pero no es demasiado listo. Les dijo a los chicos que pensaba invitar a Marcy a salir.

—¿Ah sí? —Evan pensó que tal vez al día siguiente habría un trabajador menos.

Estaba muy enfadado.

«¿Estaría acaso con James?», se preguntó.

Miró a su alrededor, un chico como James no la llevaría a un lugar como aquél, no sólo porque Marcy nunca querría estar en un lugar donde la gente pudiera reconocerla, sino porque salir a un bar no iba con ella.

Por alguna extraña razón, Evan volvió a mirar a la pareja que estaba sentada en un extremo del salón. ¿Quién era aquel hombre? Evan lo observó un rato.

Quienquiera que fuera estaba claro que tenía buen gusto, la morena que estaba sentada a su lado era muy atractiva, y llevaba un pequeño vestido y unos tacones que dejaban ver unas piernas interminables y preciosas. Sin tener en cuenta el escote tan revelador.

—Hola chicos, siento llegar tarde —Clair le dio un beso a Jacob y después sonrió a Evan—. ¿Dónde está Marcy?

—Evan la ha perdido —dijo Jacob.

—No la he perdido —dijo Evan mientras se levantaba y le cedía el asiento a Clair—. Pero iré a buscarla.

Clair negó con la cabeza.
—Me dejó un mensaje hace quince minutos. Decía que me vería en el salón cuando yo terminara.
—¿Aquí? —dijo Evan mirando a su alrededor—. ¿Está loca? Si viene aquí seguro que alguien la reconoce.
—Y también me quedé extrañada —dijo Clair con el ceño fruncido —. Bueno, allí está James, iré a preguntarle… ¡Dios mío!
Evan miró en la misma dirección que Clair.
Así que el hombre que le había resultado tan familiar era Sam, y la guapa morena que estaba a su lado era…
No podía ser.
Evan miró detenidamente a la mujer con el vestido negro tan sensual. La mujer con el pelo corto y los tacones.
¿Marcy?
La miró de nuevo y cuando ella levantó la mirada y lo vio, sonrió. Evan era capaz de reconocer aquella sonrisa en cualquier sitio.
Estaba claro que era Marcy.
Su pulso se aceleró.
—Dios mío —dijo Clair casi sin aire—. No creo que tenga que preocuparse de que alguien la reconozca.
—Cierra la boca, hermanito. Te has quedado como tonto —le dijo Jacob a Evan.
—Cállate —dijo Evan, aunque sabía que su hermano tenía razón.
—¿Por qué no vas a saludarla? —sugirió Jacob.
—Eso pensaba hacer —dijo Clair. Pero Jacob la agarró del brazo y ella lo miró
—. ¿Qué?
—Se lo decía a Evan.
—Ah, entiendo… —Clair miro a Evan, después a Marcy y después otra vez a Evan—. De acuerdo.
—Aunque tal vez no quieras molestarla —Jacob bebió un poco de cerveza y agarró a Clair de la cintura—. Teniendo en cuenta que parece tener acompañante, ya sabes…
Aquel comentario enfureció a Evan. La dejaba sola una noche y ella no sólo se había convertido en una mujer muy sexy sino que tenía un acompañante…
Evan decidió acercarse.
Dejó la cerveza sobre la barra y se dirigió a ellos.

# *Capítulo Siete*

*Querida Marcy:*

*Necesito cambiar un cristal con forma de arco de mi habitación, ¡pero hay tantos para elegir! Me gustaría un cristal que no sólo deje pasar la luz, sino que sea bonito y le dé un aspecto romántico a la habitación ¿Qué elegirías tú?*

*Caren de Fairfax*

Marcy sintió cómo se le aceleraba el pulso al ver a Evan acercarse a su mesa. La intensidad de aquella mirada la dejaba casi sin respiración. Agarró con fuerza la copa de vino que Sam le había llevado. Marcy pensó que si hubiera estado de pie, sus piernas ya habrían comenzado a temblar.

—¿Estás bien? —le preguntó Sam.

—Muy bien —mintió ella mientras bebía un poco más de vino—. Estoy perfectamente.

—Si te preocupa que alguien pueda reconocerte podemos…

—No —si no hubiera estado tan nerviosa se hubiera reído—. Incluso yo misma no me reconozco.

—Marcy —le dijo Sam mientras le agarraba la mano—. Estás preciosa.

Tranquilízate.

Al principio a Marcy le había costado mucho pedirle a Sam ayuda para mejorar su aspecto.

Pero tanto el director del hotel como los empleados del salón de belleza se habían portado muy bien con ella. Había pasado cinco largas horas para transformarse en la nueva Marcy Pruitt.

Y la nueva Marcy Pruitt estaba aterrorizada.

Su pulso se aceleraba a medida que Evan se acercaba.

Se había dicho que no le importaba cómo reaccionara Evan, que había cambiado de aspecto por ella, no por él. Pero sabía que era mentira, lo había hecho por él.

Quizá era estúpido o absurdo, pero quería que él la mirase como la estaba mirando en aquellos momentos. Como si quisiera comérsela.

Sam se acercó a ella.

—Creo que ha llegado el momento de que me vaya —le susurró al oído.

—¿Irte? —a Marcy le asustó la idea de quedarse completamente sola—. Pero tú… Acabamos de llegar.

Sam miró a Evan, que estaba ya muy cerca de su mesa.

—Creo que ambos sabemos a quién prefieres tener a tu lado.

Ella abrió la boca para replicar pero se dio cuenta que era

imposible mentir.

Estaba claro que Sam no se había creído que ella había querido cambiar de imagen para no tener que esconderse en su habitación. Suspiró y miró a Sam.

—¿Soy tan transparente? —le preguntó.

—Tú no pero Evan sí, y si quiero conservar mi preciada dentadura será mejor que me vaya ahora —Sam volvió a mirar a Evan y sonrió —. Aunque… ¿Y si aprovechamos el momento un poco más?

Marcy se quedó muy sorprendida cuando Sam se acercó aun más a ella y la besó en la mejilla. Cuando ella miró a Evan, vio una mirada llena de furia.

—Buenas noches, Marcy —dijo Sam mientras se levantaba. Después miró a Evan y lo saludó con la cabeza—. Señor Carver.

Evan se detuvo junto a la mesa y le devolvió el saludo.

—Sam —cuando el director se dio la vuelta lo miró con odio y después se sentó junto a Marcy.

—¿Qué estás haciendo?

—Tomándome algo con Sam, por lo menos eso es lo que pensaba que estaba haciendo —intentó que su tono pareciera normal para que él no notara sus nervios.

—Sabes a qué me refiero —le dijo él mientras fruncía el ceño—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué te has vestido así y qué te has hecho en el pelo?

Marcy se puso triste. La había malinterpretado.

Había sido una tonta al pensar que tal vez él la deseara si ella cambiaba de aspecto. Estaba claro que ni siquiera cinco horas de transformación eran suficientes para transformar a la aburrida Marcy Pruitt en una mujer atractiva y deseable.

—No sé qué problema tienes, Evan Carver —el tono de ella era frío y distante

—. Pero a mí me gusta mi pelo y el vestido y si quiero venir a un bar es asunto mío.

—¿Acaso he dicho que no me gusta tu vestido o tu pelo? —él la miró muy confundido y después suspiró—. Pero si me encanta… Lo que quise decir es, ¿por qué lo has hecho?

—Estoy harta de esconderme en mi habitación y de tener que mirar a todas partes cada vez que salgo —aunque Sam no se había creído la historia, la mayor parte era verdad—. Pensé que si tú, Clair y Jacob no me reconocíais, entonces estaría a salvo.

Él frunció el ceño.

—Querida, con ese aspecto jamás podrás estar a salvo. Nos vamos de aquí.

—Pero no he terminado mí…

Él le agarró la mano y la sacó de allí. Marcy miró a su alrededor en busca de Clair y de Jacob, pero ya no estaban. Menudos amigos… Mira que dejarla sola con Evan… No tenía forma de escaparse y su única salida era dejarse llevar aunque los tacones se lo estaban poniendo muy difícil.

Se sentía completamente humillada. Probablemente él pediría un chocolate caliente y la metería en la cama, aunque aquélla era una manera de conseguir que él entrara en su dormitorio, pensó Marcy de repente.

Le sorprendió ver que Evan no la llevaba hacia los ascensores sino hacia la capilla.

—¿Qué haces? —le preguntó Marcy.

—Quiero que veas algo.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche.

Marcy pensó que no servía de nada transformarse, estaba claro que a Evan solo le interesaba el trabajo, podía haberse quedado con el mono y las botas puestas.

Él se detuvo antes de abrir las vallas de la obra.

—Cierra los ojos —le dijo a Marcy.

—¿Qué?

—Que cierres los ojos.

Ella suspiró y después los cerró.

Él la agarró de la mano y la llevó hasta el interior.

—Esto es de locos —dijo ella. Su corazón se aceleraba al notar como él la agarraba con fuerza de los hombros—. Estás loco.

—Sí, tal vez esté un poco loco —le dijo él mientras le indicaba el camino—. Ya puedes abrir los ojos.

Marcy abrió los ojos y se quedó estupefacta.

La luz de la luna atravesaba la vidriera que había sido instalada en lo alto de la pared. Era una vidriera preciosa con forma de diamante y en ella se podían ver rosas y al fondo hojas de viña. Era increíble.

—¿Cómo?… ¿Cuándo?…

—Le pedí a Olivia que buscara una ventana —dijo él—. Ésta la encontró en una subasta esta tarde.

—¿Por eso te llamó? —Marcy se giró y miró a Evan—. Pensé que… —se mordió el labio y se volvió a girar rápidamente.

—¿Qué pensaste?

Ella no contestó.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Iba a darte una sorpresa mañana por la mañana.

La luz de la luna que atravesaba la vidriera le daba un aspecto mágico a la capilla.

—Es preciosa.

Cuando él la agarró de los hombros ella sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Tú sí que eres preciosa.

Ningún hombre le había dicho algo así antes y hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que había deseado oírlo. Por primera vez en su vida se sentía como una mujer, una mujer atractiva y deseable.

Él estaba tan cerca de ella que sus cuerpos se estaban casi rozando.

—¿Qué pensaste cuando me llamó Olivia? —le preguntó él de nuevo.

Al sentir cómo la boca de él estaba acariciando su oreja, Marcy se sintió incapaz de pensar y mucho menos de mentir.

—Pensé que estabas con… —se detuvo, le daba vergüenza decirlo.

—¿Con Olivia?

Ella asintió.

—Marcy, a mí no me interesa Olivia.

Cuando los labios de él rozaron el lóbulo de su oreja, ella sintió cómo su pulso se aceleraba sin control.

—¿No te interesa?

—No —Evan acarició el cuello de Marcy con un dedo—. Tu piel es como un pétalo de rosa.

Ella sintió escalofríos por todo el cuerpo y cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre el pecho de él.

—Me gusta tu pelo corto, ahora puedo hacer esto.

Él acarició la parte de atrás de su cuello y ella sintió como si estuviera a punto de perder el equilibrio.

—Eso es… agradable.

Él levantó la cabeza.

—¿Sólo agradable?

—Muy agradable.

—Marcy —le susurró él al oído—. Te deseo.

Ella se quedó casi sin habla.

—Yo también te deseo.

Él la giró para mirarla fijamente.

—Necesito que estés segura, si tienes alguna duda…

Ella le selló los labios con el dedo.

—No tengo ninguna duda.

Él le besó los dedos y después la palma de la mano. Aquellas simples caricias hicieron que todo el cuerpo de Marcy se calentara.

Cuando él inclinó la cabeza sobre ella, ella le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó hacia ella. Cuando él acercó sus labios a los de ella, la besó suavemente y cuando se separaron los dos respiraban con dificultad.

El deseo estaba presente en los ojos de Evan y le agarró la mano.

—Vayámonos.

Ella se esforzó por seguir el rápido ritmo de sus pasos. Estaba nerviosa y también emocionada. Ella lo deseaba, lo deseaba como jamás había deseado a nadie y saber que él también la deseaba la llenaba de alegría.

La llevó hasta los ascensores sin decir nada, una vez dentro del ascensor la estrechó entre sus brazos y la besó de nuevo. Su boca parecía hambrienta v los besos que le daba la dejaban sin palabras.

—Mi habitación —dijo cuando se abrieron las puertas y extendió la mano para dársela de nuevo.

—Espera —ella se paró y se quitó los zapatos.

Ambos parecían nerviosos y muy felices. Evan tuvo que meter la tarjeta dos veces en la puerta para abrir la suite y ambos se rieron con ganas.

Él la invitó a pasar y una vez dentro la besó con ganas y ella le respondió con el mismo deseo.

Cuando él acarició los pechos de ella y tocó delicadamente sus pezones, ella sintió un inmenso placer.

—Eres tan suave —le dijo él—. Tenía ganas de tocarte desde que te vi por primera vez.

Ella se quedó muy sorprendida.

—¿Quieres decir… Quieres decir que querías tocarme antes de hoy?

Él sonrió.

—Cariño, estás despampanante y te mentiría si te dijera que no me gusta tu nuevo aspecto, pero no tenías que cambiar de aspecto por mí, incluso con el mono y las botas te deseaba.

—¿Con el mono? ¿Estás bromeando, no?

—No —acarició los labios de ella con los suyos—. No podía dejar de pensar en quitártelos.

Ella se dio cuenta de que él hablaba en serio y sus palabras la llenaban de confianza, lo que hacía que una mujer desconocida, pero que era parte de ella, hiciera su aparición.

—Bien, si prefieres el mono a este vestido —bromeó ella—. Puedo cambiarme.

—No vas a ir a ningún sitio, señorita Pruitt —dijo él mientras negaba con la cabeza—. Excepto a mi cama.

Ella se quedó estupefacta cuando él la levantó del suelo y la llevó hacia el dormitorio. Ella se agarró a su cuello y dejó que sus sentidos exploraran el olor de aquel cuerpo que la estaba llevando. Salado y picante, se dijo al saborear la parte trasera de la oreja de él. Él comenzó a jadear cuando ella siguió recorriendo los alrededores con la lengua. Verlo disfrutar la maravillaba y sentía ganas de saber qué más cosas podía hacer…

Él se detuvo junto a la cama y la besó intensamente. Ella rodeó el cuello de él con sus brazos y un mar de sensaciones la recorrieron. Texturas, colores, sabores…

Todo se unía en un intenso deseo, un deseo que llamaba al hombre que estaba junto a ella.

Sin embargo, había algo mas, pensó ella mientras él le desabrochaba el vestido.

Había mucho más.

Marcy tembló de emoción.

El sonido de la cremallera junto con la respiración entrecortada. Evan acarició la espalda desnuda de Marcy y ella sintió un intenso placer. El vestido cayó sobre el suelo y ella se quedó casi desnuda. Lo único que tapaba su cuerpo era la ropa interior de seda negra.

—Quiero verte —le dijo él al oído.

Después se apartó un poco y la miró detenidamente.

La mirada de Evan le acariciaba cada centímetro de la piel, hacía que todo su cuerpo se calentara y sintió como si en cualquier momento pudiera derretirse. Oyó a Evan decir algo en voz baja, algo que no pudo entender. La estrechó entre sus brazos, agarró sus pechos y después acarició sus pezones poco a poco.

Ella dejó caer la cabeza y gimió de placer y cuando él comenzó a besar sus pechos ella se mordió el labio, le costaba respirar. Evan se tomó su tiempo y jugueteó, mordió y chupó cada uno de sus pechos como si fueran un tesoro. Ella estaba impaciente, nerviosa… Finalmente él desabrochó el sujetador.

La boca de Evan estaba caliente y mojada, cuando chupó su pezón con suavidad, un gran placer recorrió todo el cuerpo de Marcy. Gimió y sintió que la corriente que recorría su cuerpo estaba desbocada. Él le dedicó tiempo a cada uno de los pechos, con cada caricia, cada beso, cada movimiento de su lengua el deseo crecía en el interior de Marcy hasta que pensó que no podría aguantarlo ni un minuto más.

—Evan —le dijo ella con la respiración entrecortada—. Por favor…

Se tumbaron sobre la cama y él se colocó encima de ella mientras acariciaba sus piernas, sus caderas. El tacto de las fuertes manos de él la estaba haciendo perder el control, se sentía inmensamente y

maravillosamente viva, como si cada centímetro de su piel estuviera sintiendo algo nuevo, algo que la llenaba de gozo.

—La ropa —dijo ella en voz baja mientras se esforzaba por quitarle la camisa a Evan. Él se la quitó rápidamente sin dejar de besarla. Marcy se apresuró a explorar el fuerte pecho de Evan y de repente sintió la dureza de su excitación. Sintió ganas de tocarle por todas partes. Marcy extendió los dedos sobre el pecho de él y después lo besó. Cuando ella deslizó la mano hasta su cinturón y lo desabrochó, él contuvo la respiración durante unos segundos.

Se apartó de ella mientras se apresuraba a quitarse la ropa y después volvió a besarla hasta que Marcy se sintió como si estuviera flotando.

Él le acarició la entrepierna y ella emitió un suave gemido y cuando él introdujo la mano debajo de las braguitas negras y recorrió el centro de su deseo, húmedo y caliente, ella pensó que no podía existir nada más maravilloso. Ella lo buscó con la mano, buscó su dureza, el centro de su deseo, se sentía incapaz de esperar un minuto más. Deseaba, necesitaba que él estuviera dentro de ella. Quería que él disfrutara como ella estaba disfrutando.

—Espera —le dijo él deteniendo la mano de ella—. Todavía no.

Ella quiso quejarse, pero entonces él volvió a besarle los pechos y ella se calló mientras su cuerpo se arqueaba de placer. Mientras la mano de Evan acariciaba el origen de su humedad, su boca saboreaba los pezones de ella. Le quitó las braguitas del todo y su boca fue descendiendo hacia el vientre de ella.

—Evan, es demasiado… No puedo…

Pero no pudo seguir diciendo nada mientras la boca de él seguía saboreando cada centímetro de la piel de Marcy, cada recoveco de su vientre. Marcy pensó que un placer tan intenso podría provocar la muerte y le suplicó que lo hiciera, que no esperara más.

Él levantó la cabeza y le besó el vientre ardientemente, después se apartó un poco y la dejó expectante mientras desaparecía en la oscuridad. Después regresó, se colocó encima de ella y se introdujo suavemente en su interior.

—No quiero hacerte daño —le dijo él.

—No lo harás —le dijo ella mientras lo aprisionaba entre sus piernas—. Es maravilloso.

Aún así él tenía sus dudas y ella lo notó.

—Dime si…

—Ahora —le dijo ella una vez más y comenzó a mover su pelvis al ritmo de la de él.

El cuidado desapareció con el deseo, y del deseo pasaron a

necesitarse, de una forma salvaje, desesperada y tan caliente que parecía que de sus cuerpos en cualquier momento podrían surgir llamas. Evan gruñía y temblaba de placer.

Cuando él llegó a lo más alto, ella lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí.

Después le sonrió y se sintió inmersa en un placer que la llevaba a flotar entre las nubes. Ella también estaba con él…

—Estoy aplastándote —dijo Evan en cuanto recuperó la conciencia. Su pulso seguía acelerado.

—No —contestó ella—. No te muevas.

Evan no creía tener fuerza para moverse, nunca se había sentido tan débil y lo único que podía hacer era levantar la vista y mirarla.

La luz de la luna se reflejaba en su rostro y al observarla, Evan sintió algo en el pecho.

Evan pensó que Marcy era una mujer muy hermosa. Tenía los ojos cerrados y sonreía. Evan sabía que él había ayudado a que apareciera aquella sonrisa y sintió una gran satisfacción.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella abrió los ojos.

—Si quieres saberlo… He de decirte que he debido hacer algo mal.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Además, tú no has hecho nada mal, todo ha salido muy bien.

—Ha sido increíble, ¿es siempre así?

Evan pensó que él nunca había vivido nada igual, aunque no sabía qué era lo que había sido diferente a otras veces. También había cosas en las que prefería no pensar.

—Eres maravillosa.

Ella sonrió aún más.

—Nunca pensé que se me daría bien.

—¿Y por qué pensabas eso?

—Siempre pensé que había algo en mí que no funcionaba porque me interesaba más el trabajo que tener citas o hacer el amor. Me han dicho que algunas mujeres hablan de ello, pero yo nunca he entendido por qué se armaba tanto alboroto respecto al sexo. Y ahora… Bueno, ahora sí lo sé.

Él la agarró de la cintura y se tumbó sobre la espalda llevándola junto a él. Ella le agarró la mano y se colocó sobre él y mientras recuperaba el ritmo, la sonrisa iba desapareciendo de la cara de Marcy, para dejar paso a una expresión de inmenso placer. Él nunca había visto nada más excitante que la imagen de ella moviéndose sobre él, la boca abierta y la mirada perdida en el deseo.

—¿Sabes que has convocado a tus hombres mañana a las seis y

media?

—¿Estás pensando en el trabajo?

—Tan sólo me preguntaba hasta qué hora puedo mantenerte despierto —le dijo ella con una mirada traviesa.

Él se rió.

—¿Y por qué no lo averiguamos?

# *Capítulo Ocho*

*Querida Marcy:*

*Me gustó mucho el artículo que escribiste sobre dieta y nutrición en la revista de marzo.*

*¿Tienes alguna otra sugerencia para comer ligero y adelgazar un poco?*

*Jeannie de Cortland*

Cuando Marcy se despertó al día siguiente, le dolía todo el cuerpo. No sabía si podía moverse, ni siquiera se creía capaz de levantarse de la cama para regresar a su habitación.

No había pensado pasar la noche allí, incluso había intentado irse a las dos de la mañana y después otra vez a las tres. Pero cada vez que lo había intentado, Evan la había estrechado entre sus brazos y ella había cambiado de idea.

Tenía que reconocer que era fácil de convencer.

Miró al hombre que dormía junto a ella.

Evan dormía plácidamente y con un brazo se agarraba a la almohada y con otro la agarraba a ella de la cintura. Incluso dormido tenía un aspecto duro y muy masculino.

Incluso dormido el mirarlo le provocaba temblores.

Después de la noche que habían pasado… Evan había sido un amante maravilloso, sabía ser tan apasionado y salvaje como cariñoso y tierno.

Lo que a ella le había sorprendido era descubrir que ella también era apasionada.

Casi no se lo podía creer, estaba encantada.

No se arrepentía de nada, ella creía en el destino y sabía que todo lo que pasaba en la vida era por algo. Ella había esperado a que llegara el hombre adecuado en el momento adecuado y lo había cumplido, la noche anterior había sido el momento y Evan había sido el hombre.

Lo miró detenidamente y se controló las ganas de acariciar su cara… Aunque no era sólo su cara lo que quería explorar, quería descubrir cada milímetro de su piel.

Marcy hizo un esfuerzo para no confundir hacer el amor con el sentimiento, pero al estar en la cama junto a él, la frontera entre las dos cosas era débil. Sin embargo estaba claro que aquella relación no tenía futuro y no debía enamorarse de Evan.

No tenía la experiencia suficiente como para saber cómo actuar, cuando Marcy pensó en lo que habían hecho la noche anterior se sonrojó. Tal vez todo resultara más fácil si ella no estuviera allí cuando él se despertara, los hombres siempre parecían querer espacio,

¿o no? Ella le daría espacio.

Marcy soltó el brazo de él y se sentó en el borde de la cama con mucho sigilo.

Después alargó la mano en busca de su vestido.

—Vuelve aquí.

Ella se sobresaltó al oír la voz de Evan y no le dio tiempo a responder porque él se apresuró a volver a meterla en la cama junto a él.

—Son las cinco de la mañana —replicó ella pero se calló en cuanto Evan la colocó debajo de él.

—Sí —acarició los labios a Marcy con los suyos—. ¿Y qué?

—Tienes que estar…

—Justo aquí —le dijo mientras la besaba suavemente—. Y aquí también.

Cuando Evan empezó a darle delicados besos alrededor de los labios y por el cuello ella suspiró y sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Por ahí también está bien —dijo ella con la respiración entrecortada.

Él se tomó su tiempo, su boca iba recorriendo cada recoveco, cada centímetro de la piel de Marcy y ella estaba flotando en una nube de placer. Cuando él llegó a los pechos de ella aquella nube desató una tormenta. Él mordió suavemente sus pezones y ella se arqueó de gusto y cuando él le separó las piernas ella no podía esperar ni un segundo más.

Marcy pronunció el nombre de él en voz baja mientras movía sus caderas al ritmo de las de él.

Después lo rodeó con sus brazos y piernas… El calor de sus cuerpos se sentía en el aire y el placer estaba alcanzando lugares inesperados.

Cuando ella alcanzó el clímax, sintió como si un rayo hubiera atravesado su cuerpo de extremo a extremo y gritó mientras arañaba suavemente la espalda de él.

Él siguió cada vez más profundo hasta que los temblores de lo más alto de su placer lo paralizaron.

Marcy se quedó sin fuerzas y perdió la noción del tiempo. Cuando se recuperó un poco, pudo oír a Evan respirar con fuerza y sintió el latido de su corazón. Seguía sobre ella y pesaba, pero a ella le gustaba que estuviera allí.

—Increíble —exclamó él. Después le besó la mejilla. Ella sonrió, era lo más bonito que le podían decir en un momento como aquél.

—Sí —afirmó ella—. Increíble.

El se apoyó sobre los codos y la miró.

—Eres maravillosa, señorita Marcy Pruitt.

Ella le acarició los labios con un dedo.

—Gracias —dijo ella. Evan se tumbó a su lado y la rodeó tocándole los pechos

—. Por cierto, creo que hiciste bien en dedicarte a la construcción en lugar de a la ciencia.

—¿Ah sí? ¿Y por qué? —dijo él mientras jugueteaba con los pezones de ella.

—Porque eres muy bueno trabajando con las manos.

Evan intentó no silbar cuando entró en la obra aquella mañana, quería pasar inadvertido ya que el hecho de que llegara más de una hora tarde ya iba a provocar miradas curiosas y si además lo veían de buen humor podían hacerle un par de preguntas incómodas.

Aunque después de todo él era el jefe y siempre que el trabajo se hiciera, podía llegar todo lo tarde que quisiera. Sin embargo si hubiera hecho realmente lo que quería, tal vez no habría aparecido por la obra aquel día.

Era muy duro dejar a una mujer tan sexy y desnuda en la cama.

Le había dicho a Marcy que se quedara en la cama y descansara un poco, no tenía nada que hacer hasta que terminaran de construir la pared. Aunque en realidad sus motivos eran puramente egoístas, Evan estaba impaciente por volver a meterla en su cama aquella noche y quería que estuviera descansada para entonces.

En una cosa había tenido razón, el entusiasmo y la creatividad de Marcy también se notaban en la cama.

Él no sabía muy bien qué había pasado aquella noche, habían hecho el amor, sí, varias veces, recordó Evan con una sonrisa. Pero algo más había pasado, algo que iba más allá del placer. No se podía decir que él tuviera poca experiencia en temas de cama, pero nunca había sentido nada igual.

Había sido tan intenso, que había rozado casi la locura. Y aquellos sentimientos eran nuevos para él. Le hacía estar feliz y tenso a la vez.

—Deberías borrar esa sonrisa de la cara —Jacob estaba detrás de él—. Tus hombres ya están apostando quién era la mujer afortunada de anoche.

Evan se giró y Jacob le ofreció una taza de café. Frunció el ceño y aceptó la taza.

—No te metas conmigo, hermanito, es muy temprano.

—No me estoy metiendo contigo.

Evan miró a sus hombres. Todos lo estaban mirando. Él puso cara de pocos amigos y sus empleados volvieron al trabajo.

—Nadie esta tan contento por la mañana a no ser que…

—Cállate —Evan habló más bajo, dos hombres estaban pasando junto a ellos—.

No es lo que te imaginas.

—¿Entonces qué es?

—No es asunto tuyo.

—Normalmente te daría la razón —dijo Jacob—. Pero estamos hablando de una mujer con una reputación y que además es la mejor amiga de Clair.

Evan tuvo que reconocer que su hermano tenía razón, aunque él no estaba acostumbrado a tener que darle explicaciones a nadie.

—Me gusta. Es lista y cariñosa y no hay nada raro en ella. Es… diferente a cualquier otra mujer con la que he estado.

—También es más vulnerable —añadió Jacob.

—¿Crees que no lo sé? ¿Por qué crees que me he mantenido alejado de ella tanto tiempo? Pero sucedió y no me arrepiento de ello, y que sepas que va a suceder de nuevo.

—Ambos sois personas adultas —dijo Jacob cruzándose de brazos —. Lo único que te pido es que tengas cuidado.

—Ya tengo cuidado —le dijo mientras intentaba calmarse un poco —. No quiero hacerle daño, pero nos gusta estar juntos, así que hasta que ella regrese a Los Ángeles vamos a seguir viéndonos.

—¿Ah, sí?

—Es lo que te acabo de decir, ¿no? —a Evan no le gustaba la mirada de su hermano, era la mirada de hermano mayor que lo sabe todo—. Y si has terminado el interrogatorio, me gustaría trabajar un poco.

—¿Jefe?

Evan se giró y vio a James. Parecía nervioso y deseó que no lo hubiera oído hablar con Jacob.

—¿Qué quieres? —contestó Evan.

—¿Sabes dónde está Marcy?

Evan sintió ganas de decirle la verdad, de gritarle que estaba en su cama y que ni se le ocurriera volver a mirarla, pero hizo un esfuerzo por controlarse.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Bueno, esta mañana vino un inspector y preguntó por ella.

—¿Un inspector? —Evan miró fijamente a James—. ¿Qué inspector?

—Un hombre alto con gafas, sombrero y una libreta. Dijo que era de la inspección de seguridad en la construcción y que ella lo había llamado.

Evan miró a Jacob.

—¿Tú sabías algo?

Jacob negó con la cabeza.

—Acabo de llegar a la obra.

Evan estaba seguro de que Marcy no había llamado a ningún inspector y no le gustaba lo que James le acababa de contar.

—¿Preguntó por Marcy Pruitt?

—Creo que sí —James se puso nervioso—. O tal vez no… Dios, no estoy seguro.

Evan apretó los dientes.

James sonrió.

—Le dije que no sabía de quién me estaba hablando.

Evan suspiró aliviado.

—De acuerdo, pero si vuelves a ver a ese hombre dímelo.

—Por supuesto —James se metió las manos en los bolsillos—. Ah, y… ¿Sabes dónde está?

Evan miró fijamente a James.

—Vuelve ahora mismo al trabajo o te despido.

—Pero…

—¡Ahora!

—Por supuesto jefe.

Evan miró a Jacob.

—Bueno, has sido muy discreto —dijo Jacob negando con la cabeza.

—Dile a Tom que he salido un rato —le dijo a su hermano mientras se quitaba el cinturón que se acababa de poner—. Mantén los ojos abiertos por si ves a alguien extraño cerca de la obra.

Evan maldijo en voz baja mientras se dirigía al ascensor. Si no hubiera llegado tarde al trabajo, habría estado allí para ver al inspector. Y si no era un inspector de verdad, él le habría dado su merecido.

Pero en aquellos momentos Evan estaba más preocupado por Marcy que por darle un par de puñetazos a un desconocido. Necesitaba saber que ella estaba bien.

Evan miró el reloj, con suerte ella seguiría donde él la dejó, en su cama.

La cafetería del hotel era igual de elegante que el resto. Había bastante gente pero nadie parecía fijarse en Marcy, que se dirigía muy alegre hacia una mesa donde la esperaba Clair. Nadie se fijaba en ella aunque al ir hacia su amiga, se dio cuenta de que un hombre de aspecto agradable la miraba por encima del periódico.

Aquella mirada le dio aún más confianza en sí misma, aunque no

le interesaba ningún hombre excepto Evan. Sonreía sin parar y sabía que a la gente le resultaría curioso, pero no podía evitarlo. Sonrió aún más al ver a Clair y cuando se sentó junto a ella le dio un abrazo.

—Gracias por quedar conmigo esta mañana.

—¿Estás bromeando, no? —Clair le ofreció una taza de café a Marcy—. Jacob tuvo que agarrarme para que no te llamara a las seis de la mañana. ¡Mírate! ¡Estás increíble! Y tu pelo… ¡Me encanta!

Marcy sonrió y se tocó el pelo. Lo tenía mojado de la rápida ducha que se había dado pero se había tomado su tiempo para peinarse como la habían enseñado en la peluquería y para maquillarse un poco.

Cuando se miró al espejo, seguía sin reconocer a la mujer que estaba delante de ella.

—Me voy a tener que acostumbrar poco a poco —le dijo mirando a Clair—.

Pero a mí también me gusta. Los peluqueros de tu salón de belleza han hecho un verdadero milagro.

—Ellos son buenos pero la materia prima también lo era —Clair se acercó más a ella—. ¿Ahora me vas a contar por qué decidiste cambiar tu famosa imagen?

—El pelo volverá a crecer —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pero estaba cansada de esconderme y de tener que estar siempre alerta. Pensé que si tú, Jacob y Evan no me reconocíais, nadie más podría hacerlo.

Clair la miró incrédula.

—¿Quieres decir que hiciste esto para que nadie te reconociera?

Como no llevaba las gafas, Marcy tuvo que acercarse el menú bastante.

—Por supuesto.

—Marcy —Clair le quitó el menú de las manos—. Perdona, cariño, pero nunca se te ha dado bien mentir. Además, no estoy ciega, vi la mirada de Evan cuando te sacó del salón anoche ¿vas a contarme por qué te miraba así?

Marcy volvió a mirar el menú ¿Cómo podía haber pensado que podría ocultarle la verdad a Clair? Tomó aire y dejó el menú para mirar fijamente a Clair.

—Nos… acostamos.

—Ya… eso se nota —dijo Clair como si le acabara de contar algo que era evidente.

Marcy sintió como si toda la gente del restaurante la estuviera observando y miro a su alrededor asustada. Al ver que nadie la miraba suspiró aliviada.

—¿Cómo que se nota?

—Cariño, estás resplandeciente y cuando entraste al restaurante parecía como si quisieras abrazar a todo el mundo. Conozco muy bien esa mirada.

Marcy se dio cuenta de que sus intentos por parecer normal habían fracasado aunque, ¿por qué quería que no se le notara? Clair era una persona muy especial para ella y además sabía que podía confiar en ella, ¿por qué no compartir aquella inmensa alegría con su mejor amiga?

—En realidad siento que estoy como en una nube.

—¿En una nube? Eso es serio.

—No, no lo es, es sólo sexo —dijo Marcy negando con la cabeza.

—¡Marcy! No puedo creer que hayas dicho algo así.

—Yo tampoco —se rió de sí misma y de la expresión de sorpresa de Clair—.

Pero estoy de demasiado buen humor como para sentir vergüenza. Evan y yo nos hemos acostado pero ha sido tan sólo una noche, un paso más después de haber pasado tanto tiempo juntos.

—¿Quieres decir que te has acostado una noche con el hermano de mi prometido y eso es todo?

Ella bebió un poco de café.

—Eso es.

—¿Y crees que no va a volver a pasar?

—No lo he pensado —y no podía permitirse pensar en ello. Si acostarse con Evan había sido algo puntual, por lo menos lo habría vivido. No quería que Evan se sintiera incómodo al estar cerca de ella y no quería que él pensara que ella quería algo de él. Aquello tan sólo haría que él saliera corriendo.

—Necesito sentarme… Espera, pero si ya estoy sentada.

Marcy sonrió.

—Ni siquiera yo puedo creérmelo, pero pase lo que pase quiero que sepas que no afectara a nuestro trabajo, que por cierto y teniendo en cuenta lo rápido que están trabajando los hombres de Evan, seguramente esté lista dentro de un par de días. Ya hemos pedido las flores y yo terminaré la parte ajardinada y… ¡Dios mío! No te he contado lo de la ventana, no vas a creerte…

—Marcy —la interrumpió Clair—. Deja el tema de la capilla, eso no me preocupa, me preocupas tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Cariño, no quiero que te hagan daño.

—Créeme, he pensado mucho en eso —lo pensaba todo el rato—. Estoy segura de que mientras Evan y yo sigamos siendo amigos, no creo que nos sintamos incómodos el uno con el otro.

—Amigos —repitió Clair—. ¿En serio piensas eso?

—Se que existen riesgos —dijo Marcy—. Pero en la vida hay siempre riesgos.

Me he pasado toda la vida rodeada de gente que me protegía, primero mi tía, después Helen. Tú sabes lo que es eso, te arriesgaste mucho al salir corriendo de la iglesia, si hubieras sabido que lo tuyo con Jacob no iba a funcionar, ¿hubieras hecho lo mismo?

Clair suspiró.

—Por supuesto.

—Ahí lo tienes —Marcy sonrió y agarró la mano de Clair—. ¿Pedimos ahora?

Estoy hambrienta ¿Sabes que besar desgasta mucho? Y cuando tú…

—Maldita sea Marcy, ¿qué haces aquí?

Marcy había estado tan absorta en la conversación con Clair que no había visto a Evan acercarse a ella. Estaba junto a su mesa con los brazos cruzados y parecía enfadado.

—¿Cómo que qué hago aquí? —Marcy no entendía por qué se comportaba así con ella—. Estoy desayunando.

—Se suponía que ibas a dormir un poco ¿Por qué no me dijiste que ibas a estar aquí?

Marcy frunció el ceño.

—No sabía que tenía que hacerlo.

Se sentó a su lado y la besó en los labios. Ella se quedó muy sorprendida.

—Pues deberías hacerlo. Buenos días, Clair.

—Buenos días, Evan. Quizá debería volver al trabajo.

Evan negó con la cabeza.

—No, quédate.

De repente Marcy se dio cuenta de que Evan no estaba enfadado sino preocupado.

—¿Algo va mal? —le preguntó.

—No estoy seguro —Evan bebió de la taza de Marcy—. ¿Has llamado o hablado con algún inspector?

Ella se quedó pensativa.

—Sé que no he llamado a ninguno, pero tal vez he hablado con alguno en la obra. No se si sería capaz de distinguir a alguien de la obra de un inspector. ¿Por qué lo preguntas?

—James me ha dicho que alguien ha preguntado por ti esta mañana —miró a Clair—. ¿Algún empleado ha visto a alguien extraño merodeando por aquí?

Clair negó con la cabeza.

—No, pero los reuniré a todos para que mantengan los ojos bien abiertos —

miró la hora—. También repasaré los clientes que se han registrado durante los últimos días a ver si veo algo sospechoso. Si alguien sabe que Marcy está en el hotel, seguramente se hayan alojado aquí también.

Evan asintió.

—Muy bien. Tampoco estaría mal que la cambiaras de habitación, por si ya saben en qué habitación se aloja. O mejor aún, que se mude a mi habitación.

—¡Qué! —dijo Marcy sin dar crédito a lo que estaba oyendo—. Ya basta. Parad los dos. —Evan y Clair se quedaron mirándola y ella tomó aire—. No hace falta que me cambie de habitación, ambos os estáis precipitando, no creo que nadie me esté buscando pero si fuera así, ¿crees que podría reconocerme? Hasta a vosotros os costó reconocerme anoche.

—Supongo que tienes razón —dijo Clair.

Evan frunció el ceño.

—Tal vez pero aún así me quedaría mas tranquilo si te mudaras a mi habitación.

—¿Te quedarías más tranquilo? —Marcy apretó los dientes, estaba a punto de enfadarse—. ¿Y qué te parece si me consultas a mí primero?

Evan frunció aún más el ceño.

—Bien, ¿a ti qué te parece?

Ella le quitó la taza a Evan, bebió un poco de café y miró a Clair.

—Me mudaré ahora mismo.

# *Capítulo Nueve*

*Querida Marcy:*

*Necesito urgentemente tu ayuda. No sé qué elegir para ponerme en el pelo el día de mi boda. Las peinetas, las horquillas, los lazos… Sé que es una elección muy personal pero no me decido ¿Qué me aconsejas?*

*Arlene de Alabama*

Cuando terminaron la pared, Evan les dio el resto del día libre a sus hombres y él también se fue pronto. Iban tan bien que probablemente la capilla estuviera terminada a principios de la semana siguiente y así tendrían una semana más para terminar los últimos detalles.

Sus hombres habían cooperado mucho lo unos con los otros, mucho más que en cualquier otro proyecto. Probablemente se debía a que sus hombres sentían aprecio por Jacob y también por complacer a Marcy. El hecho de que no hubiera aparecido aquel día, los había dejado muy preocupados, pero Evan les había asegurado que estaba bien y que volvería a la obra al día siguiente.

Evan pensaba que el que ella se mudara a su habitación era lo mejor que podían hacer teniendo en cuenta las circunstancias. Si el inspector la había localizado, probablemente pensaría que había abandonado el hotel y las probabilidades de que la reconociera eran escasas. Además, si se mantenía cerca de ella, podría localizar a cualquier extraño sospechoso.

También tenía que tener en cuenta que ella pasaba más tiempo en su habitación que en la de ella. Ambos eran adultos y se sentían atraídos el uno por el otro y era más práctico que estuvieran en la misma habitación ya que de todas formas dormían juntos.

Aún así había sido una decisión un poco precipitada. Sabía que Jacob tenía razón, Marcy era muy vulnerable, quizá no debía haberle dicho que se mudara a su habitación. Marcy le importaba, quizá más que cualquier otra mujer y no quería hacerle daño.

Evan maldijo, salió del ascensor y se dirigió a su habitación. Quizá debía haberlo pensado antes, debía hablar con ella antes de que todo se complicara.

Entró en la habitación y sonrió al oírla cantar desde el dormitorio. Entró y vio bolsas de ropa sobre la cama y después la vio a ella.

Estaba junto al armario y llevaba un vestido de color rosa que resaltaba su esbelta figura.

Evan maldijo en voz baja.

De repente se fijó en aquellas interminables piernas y tuvo que apoyarse en la puerta para contener las ganas de estrecharla entre sus

brazos. Evan hizo un esfuerzo por tranquilizarse y recuperar el control. De repente ella se giró.

—¡Evan!

Él se quedó inmóvil.

—Bonito vestido.

—Gracias —ella se sonrojó—. No te oí entrar.

—Acabo de llegar —Evan pensó que estaba muy guapa de rosa, sintió ganas de quitarle el vestido en aquel mismo momento—. Parece que fuiste de compras.

—Sí, bueno fui con Clair —se puso una camisa que estaba sobre la cama—.

Clair tiene una tienda estupenda en el hotel y fuimos también a un par de tiendas en la ciudad.

Él se dio cuenta de que ella era modesta, pero teniendo en cuanta la noche que habían pasado juntos, era demasiado tarde para esconder aquel precioso cuerpo.

—Parece que vas a necesitar una maleta nueva.

—Tal vez —miró la ropa nueva—. O tal vez me libre de lo que compré.

—¿En serio? —Evan se apoyó contra la puerta—. ¿Así que vas a seguir siendo la nueva Marcy?

—Estoy pensándomelo —se miró en el espejo y luego le miró a él —. ¿Qué opinas?

Evan se sorprendió pensando que a él le gustaría quedarse con aquella nueva Marcy para él, se apartó aquella idea de la cabeza y le sonrió.

—¿Quieres que te haga un cumplido?

—Tal vez sí.

Cuando Evan vio aquella sonrisa pícara su pulso se aceleró. Aquélla era otra faceta de ella que no conocía y le gustó.

Se acercó a ella y le dio la mano. Después llevó la mano de ella hasta su pecho.

—Así es como se pone mi corazón cuando te miro.

Ella se mordió los labios.

—Yo también.

—Anoche te dije la verdad, Marcy —acercó la mano de ella hasta su boca y la besó—. Me gustaste desde el primer día, estabas tan atractiva con aquel sombrero absurdo, te pusiste tan nerviosa al intentar no mentir a aquellas dos mujeres… Cada vez que lo recuerdo me río.

Ella lo miró muy sorprendida.

—No voy a fingir que sé la respuesta a eso.

—No tienes que decir nada —le besó la muñeca y sintió cómo el pulso de ella se aceleraba—. Tan solo quédate aquí mientras voy a darme la ducha más rápida del mundo.

—No me moveré —dijo ella con la respiración entrecortada.

Él se dirigió al baño pero cuando estaba en la puerta se dio la vuelta y regresó.

—Lo he pensado mejor —le dijo mientras le agarraba la mano y la llevaba hacia el baño—. Que sea una ducha larga, pero duchémonos los dos juntos.

Un rato después ambos estaban en la cama paralizados. Evan se dio cuenta de que se había olvidado de lo que quería decirle y que aquello ya no era importante.

Ella iba a quedarse en su habitación y él no quería darle la posibilidad de volver a su cuarto y si su relación se complicaba por ello, ya era demasiado tarde.

Aunque seguía sin querer hacerle daño pero tampoco pretendía hacerlo. Él ya le había dejado muy claro que no quería comprometerse y ambos eran personas adultas que sabían lo que hacían, ¿por qué no disfrutar de aquellas semanas juntos?

Evan la estrechó con fuerza entre sus brazos y ambos cerraron los ojos y se quedaron dormidos.

—Mi niña, mi preciosa niña —Josephine Beauchamp le colocó la última horquilla al velo de su hija y después se apartó y la miró emocionada—. ¿A que es la novia más guapa del mundo?

—Madre, por favor, déjalo ya —le dijo Clair a su madre—. Le has hecho esa pregunta a Marcy por lo menos diez veces.

—Esta preciosa —dijo Marcy—. Y usted también, señora Beauchamp.

Josephine era una mujer despampanante, Marcy pensaba que aparentaba por lo menos diez años menos de los que realmente tenía. Se conservaba muy bien. Se parecía tanto a Clair que parecía increíble que no fuera su madre.

—Gracias, Marcy —le dijo mientras le tocaba la mejilla—. Tú también estás fantástica.

Cuando la madre de Clair se giró para ayudar a su hija, Marcy se relajó. Los cumplidos la seguían poniendo nerviosa. Su nuevo aspecto había dejado estupefactos a los hombres de la obra, que no habían parado de silbar y que cuando averiguaron quién era, se habían quedado en silencio. Marcy se había sonrojado pero no se había molestado, el que sí se había molestado había sido Evan, que les había gritado que volvieran al trabajo. Tras aquel comentario todo el mundo se había dado cuenta, incluso James, que estaban juntos.

Sin embargo aunque la había sorprendido, a Marcy no le había importado que los demás supieran que estaba con Evan. No se arrepentía, ni le daba vergüenza admitirlo. Estaba muy enamorada.

Enamorarse de Evan era un gran error, ella lo sabía desde el principio pero no había podido evitarlo, la lógica no servía de nada en asuntos del corazón y sus sentimientos la habían desbordado.

Aun así Marcy no se arrepentía de nada, al día siguiente regresaría a Los Ángeles y después regresaría al trabajo.

Regresaría a la realidad, al mundo real.

Si el estar junto a Evan, riéndose, trabajando e incluso viendo la televisión no era real, ¿por qué le causaba tanto dolor pensar que aquello iba a terminar?

No era momento de pensar en todo aquello.

Era el día de la boda de Clair y Jacob, debía sonreír y estar feliz por ellos. Debía disfrutar del último día con sus amigos y con Evan. Debía disfrutar de cada instante.

Alguien llamó a la puerta y Julianna asomó la cabeza.

—Es hora de salir —le dijo sonriendo a Clair—. ¿Estás lista?

—Estoy lista —dijo Clair emocionada—. Ha llegado el momento.

Evan estaba en el altar de la capilla esperando. No entendía cómo alguien podía respirar con aquel traje. A su izquierda estaban Rand, Lucas y Seth y a la derecha el novio, bastante nervioso.

Habían terminado la capilla con cuatro días de antelación, y Marcy había usado aquellos días para dar los últimos retoques. Había quedado tan bonito que Evan pensó que incluso él querría casarse en un lugar como aquél.

En el caso de que quisiera casarse, lo que era bastante improbable.

Evan miró a los invitados. Desde el incidente del inspector, se había acostumbrado a observar a la gente de su alrededor, sobre todo a los que se quedaban mirando a Marcy, que desde su transformación eran cada vez más, hombres sobre todo.

A veces Evan pensaba que le hubiera gustado que Marcy no hubiera cambiado de aspecto, así no sentiría ganas de pelearse con cualquier hombre que se acercaba a ella, ¿que diablos le sucedía?

Se había vuelto casi imprescindible para él. Cuando no la veía en la obra, no podía evitar preguntarse dónde podría estar, se pasaba los días pensando en ella y aquello lo enfurecía.

Ella no lo había mencionado, pero él sabía que ella regresaba a Los Ángeles al día siguiente. Ella no le había pedido que la llevara al aeropuerto y el tampoco se había ofrecido porque no quería que ella se marchara.

Evan sabía que ella tenía que marcharse, y él también tendría que

irse pronto, ninguno de los dos podía quedarse, sin embargo aquello no facilitaba las cosas. Le asustaba admitir lo que estaba sintiendo, aunque fuera diferente a otras mujeres, aunque fuera especial, aquello no significaba que no podía dejarla marchar, tenía que poder hacerlo.

Pero aún no.

Cuando la orquesta comenzó a tocar una pieza de Hendel, Evan se puso firme.

El día anterior habían estado ensayando la ceremonia pero él no había prestado mucha atención. Tan sólo había podido pensar en el momento en que pudiera quitarle aquel precioso vestido rosa a Marcy. Y finalmente, tras el ensayo y una vez en la habitación, le había quitado el vestido. Recordó las risas, la suavidad de su piel…

Evan recordó dónde estaba y apartó aquellas imágenes de su cabeza. En aquel momento apareció Julianna con el ramo de flores en la mano, Grace la seguía, después estaba Hannah, todas llevaban un ramo de rosas blancas y vestidos azules que les llegaban hasta las rodillas. Estaban muy guapas. En aquel momento Marcy apareció y Evan dejó de ver a las mujeres de la familia Blackhawk.

Se quedó atónito.

Marcy también llevaba un vestido azul pero el de ella era de tirantes y dejaba al descubierto su largo cuello y sus bonitos hombros. Su sonrisa iluminaba toda la capilla y cuando sus miradas se encontraron, Evan se quedó sin respiración durante unos segundos.

El pulso de Evan se aceleraba a medida que ella se iba acercando al altar y cuando llegó allí y se colocó junto a las demás mujeres, él comenzó a recuperarse.

Cuando empezó la marcha nupcial, Evan se giró para mirar a Clair. Todo el mundo se quedó impresionado, estaba maravillosa. Evan miró a su hermano y observó cómo le brillaban los ojos de emoción mientras veía a su futura esposa acercarse hacia él.

Desde que eran niños, los dos hermanos se habían tenido tan solo el uno al otro.

Desde aquel momento Jacob también tendría a Clair y aunque se alegraba por él, también sabía que nada sería igual que antes.

Se alegraba por ambos, aunque de repente sintió como si le estuvieran quitando algo. Evan se dijo a sí mismo que se estaba poniendo sentimental y apartó aquellas ideas de su cabeza.

Miró a Marcy y sintió otro vacío en su interior.

Entonces el padre de Clair le entregó a Jacob la mano de su futura esposa y Evan miró a los novios.

La ceremonia acababa de comenzar.

Las luces brillaban en cada esquina del salón de baile pero los que

realmente brillaban en aquel momento eran el novio y la novia, que bailaban pegados el uno al otro y sin dejar de mirarse. El amor flotaba en el ambiente.

Hasta que conoció a Evan, Marcy no sabía lo que era el amor.

Ella estaba sentada en una mesa y observaba a Evan bailar con Julianna y con la hija de ésta, la niña no paraba de reírse y Marcy también lo hacía, aunque en realidad sentía una gran pena.

Marcy sabía que lo superaría, aunque quizá debería esperar a otra vida para conseguirlo.

Sintió un gran dolor y poco después lo apartó de su cabeza, no era el momento.

—Creo que hay una ley que prohíbe no bailar —le dijo Rand que estaba sentado a su lado—. Por lo menos eso es lo que me dijo mi mujer.

—Pero tú no estás bailando.

—Los chicos me han enviado a por bebidas, ¿quieres tomar algo?

—No, gracias —le enseñó una copa de champán—. Estoy servida.

Rand no parecía tener mucha prisa por llevarles la cerveza a los chicos y se sentó junto a ella.

—Me han dicho que regresas a Los Ángeles mañana.

Ella asintió.

—Mi mánager debe de estar deseando verme, si no regresara le daría un ataque al corazón.

—Tráetela aquí, no hay nada como trabajar en el campo para reducir el estrés y a mi me vendría bien un poco de ayuda.

Al imaginarse a Helen trabajando en el campo Marcy se rió.

—Se lo diré…

—Hazlo —Rand sonrió mientras estiraba las piernas—. Así que no sabéis nada del detective que contrató para encontrarte.

—El amigo de Jacob de Los Ángeles no logró averiguar nada y mi asistente Anna no volvió a oír a Helen hablar del tema —Marcy sonrió al ver a Evan tomar en brazos a las dos hijas gemelas de Hannah y bailar con ellas—. Y aunque haya contratado a alguien para buscarme ya no importa porque está claro que no me han encontrado.

—Por cierto —dijo Rand mirando a Evan—. Evan hizo un bonito brindis.

—¿Sí, verdad? —dijo ella con una sonrisa. Evan había hecho que toda la gente se riera. Aunque Evan no había sido el único en decir algo bonito—. El tuyo también fue muy emotivo, hiciste que Clair llorara.

—Yo también me emocioné un poco —reconoció Rand—. Aunque si se lo cuentas a alguien lo negaré.

Marcy sonrió al recordar las palabras de Rand. El hermano de su amiga había dicho que aunque Clair se convirtiera en la mujer de Jacob, siempre sería la hermanita de él y de Seth y que sabía que el amor de sus padres, que los había unido de nuevo, estaba presente en aquel momento.

Marcy pensó que ella también quería aquel amor, el amor que lograba salvar cualquier dificultad en el camino de la vida. Miró a Evan y se dio cuenta de que tenía aquel amor, pero el problema era que ella lo amaba, pero él no la amaba a ella.

—Los chicos parecen sedientos —le dijo Rand.

Después le dio un beso en la mejilla y se levantó—. ¿Estás segura de que no quieres nada?

Marcy pensó que sí, que quería una cosa, a Evan, pero se limitó a negar con la cabeza.

Miró a su alrededor y se intentó imaginar cómo sería todo si aquella fuera su boda. Cada detalle, cada elemento decorativo, la tarta, la música… Todo estaba claro en su cabeza. De repente sintió que unas manos pequeñas tiraban de ella y dejó de soñar despierta. Al abrir los ojos vio a tres niñas que la llevaban hasta la pista de baile. Evan sonrió, la agarró de los hombros y la besó.

—¡Evan Carver! —exclamó ella y después miró a las niñas que no paraban de reírse.

—Me han retado ellas, y no podía negarme —Evan les guiñó el ojo a las niñas, después salieron corriendo—. Estoy loco, sí, loco por ti.

Ella se quedó estupefacta, aunque sabía que aquello no significaba lo que a ella le hubiera gustado que significara, pero le gustó tanto oírlo que se acercó a él para bailar una canción lenta que estaba soñando.

—Salgamos de aquí —le dijo él.

Ella lo miró y vio el deseo en su mirada.

—La fiesta aún no ha terminado.

—Pero está a punto, además, veremos a Clair y a Jacob mañana por la mañana.

Ven a la habitación conmigo.

Ella sabía que él estaba pensando que ella se marchaba al día siguiente, pero era más fácil no hablar de aquello.

—De acuerdo —le dijo Marcy mientras veía a Jacob y a Clair despidiéndose de una pareja de ancianos—. Nos vemos en el pasillo.

Marcy recogió su bolso y estaba a punto de dirigirse al pasillo cuando decidió regresar a la capilla. Necesitaba ver aquello una vez más. La capilla era como un hijo para ella, era su obra, en realidad la suya y la de Evan.

Evan la vio acercarse a la capilla y se quedó mirándola sin que ella se diera cuenta, la vio subir al altar donde hacía unas horas Jacob y Clair se habían jurado amor y fidelidad. La luz de la luna atravesaba la ventana e iluminaba la cara de Marcy. Era como la primara vez que la vio allí. Evan se quedó paralizado.

Decidió marcharse rápidamente y se dirigió al pasillo. Allí esperó a que ella apareciera.

Marcy se levantó poco a poco aquella mañana. Era maravilloso estar en aquel lugar, entre la conciencia y el sueño…, pensó que sería maravilloso poder quedarse en aquel lugar para siempre. Se movió y sintió el cuerpo de Evan junto a ella. Abrió los ojos y se dio cuenta de que él ya estaba despierto y que estaba mirándola.

—Buenos días —le dijo él con dulzura.

—Buenos días —le daba vergüenza que él hubiera estado mirándola, pero también la complacía—. ¿Qué hora es?

—Son las seis y medía.

De repente Marcy recordó que era la última mañana que ambos se despertarían juntos y las seis y medía le pareció muy tarde.

Cuando la mano de él recorrió su cadera, ella sintió un escalofrío. Evan la besó con delicadeza y ella lo abrazó con fuerza y lo besó también hasta que los dos respiraron con dificultad y se dejaron llevar por las corrientes del deseo.

—Por cierto —dijo él—. He pedido que nos traigan el desayuno.

—¿Tan pronto? Pero es muy… —Marcy no continuó, no podía hablar las caricias de Evan la estaban volviendo loca—. Muy tarde…

—Sí, pero estoy hambriento.

Evan acarició el cuello de Marcy y ella sintió que todo su cuerpo se encendía cuando notó la lengua de él en su pezón.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Treinta minutos.

—Maravilloso —murmuró ella mientras ambos se perdían en un océano de deseo y cuerpos sudorosos, en el que cada caricia, cada movimiento de manos provocaba sensaciones nuevas y maravillosas. Ambos se abrazaban con fuerza para unir sus cuerpos del todo y para dejar que aquel salvaje deseo se sintiera en cada movimiento de sus caderas hasta alcanzar lo más alto a la vez. Aquel hombre la llenaba por completo. Llenaba todo su cuerpo. Su alma. Su corazón.

Marcy estuvo a punto de decirle que lo amaba, pero logró controlarse, no podría soportarlo si él se apartaba de ella en aquellos momentos.

Paso bastante tiempo antes de que se movieran, pero finalmente él la estrechó entre sus brazos y le besó en la mejilla y en la nariz.

—Iré a calentar la ducha —le dijo él—. ¿Vienes?

—Por supuesto, dame unos minutos.

Marcy lo observó entrar en el baño y sintió cómo la pena aparecía pero se dijo a sí misma que no era el momento.

Estaba buscando su bata cuando alguien llamó a la puerta. Se había olvidado del servicio de habitaciones. Se puso la bata y abrió la puerta.

De repente notó el flash de una cámara y se quedó helada.

# Capítulo Diez

*Querida Marcy:*

*Tengo que organizar las bodas de oro de mis padres y quiero hacer las invitaciones a mano aunque no se me dan muy bien las manualidades y no sé qué hacer ¿me puedes aconsejar algo?*

*Kathy do Aurora*

Evan acababa de abrir la puerta de la ducha cuando oyó gritar a Marcy. Se tapó con una toalla y salió corriendo del baño.

No estaba en la habitación.

—¡Salga de aquí! —la oyó gritar desde el salón—. ¡Déjeme en paz!

Evan se dirigió hacia el salón y el destello de un flash lo deslumbró durante unos segundos, después pudo ver a un hombre bajito y calvo que no paraba de hacer fotos. Antes de que Evan pudiera alcanzarlo logró hacer otra foto y salió de la habitación corriendo.

Marcy lo agarró del brazo pero él logro zafarse y Evan lo persiguió pero cuando llegó al pasillo el hombre ya estaba dentro del ascensor.

Evan maldijo en voz baja y el hombre tuvo la desfachatez de sonreír mientras las puertas del ascensor se cerraban. De repente apareció una mujer que impidió que las puertas del ascensor se cerraran.

E1 hombre se quejó pero la mujer lo agarró rápidamente de la mano y le hizo una llave que obligó al hombre a arrodillarse mientras se quejaba de dolor.

La mujer sonrió, le quitó la cámara al hombre y se la dio a Evan. Después lo miró de arriba abajo.

—Bonita toalla —le dijo.

—Gracias —dijo él algo confuso mientras agarraba la cámara con una mano y se sujetaba la toalla con la otra.

—¡Evan! —exclamó Marcy mientras corría hacia él—. ¿Estás bien?

—Mejor que este estúpido —Evan miró al fotógrafo y después a Marcy. Ella estaba pálida y parecía muy asustada—. ¿Estás bien?

—Sí, tan sólo me sorprendió —Marcy miró al fotógrafo arrodillado y después a la mujer rubia—. ¿Quién eres tú?

—No tienes ningún derecho a hacerlo. Voy a demandar a tu…

La mujer giró la mano del hombre y él se arrodilló aún más y gritó de dolor.

—Volveré dentro de diez minutos y si no es demasiada molestia, ¿podrías conseguirme un poco de café? —dijo la mujer antes de apretar el botón del ascensor.

—Mi nombre es Shelby Richards —la mujer estaba sentada en el comedor de la suite de Evan.

Se echó dos cucharadas de azúcar en el café.

Nadie que mirara en aquellos momentos a aquella mujer rubia y delgada podría imaginarse que hacía unos momentos había inmovilizada a un hombre—. Soy detective privado, trabajo en Los Ángeles.

Marcy tomó aire y miró a Evan. Evan permaneció sentado en la mesa con los brazos cruzados. Se habían vestido y después había aparecido el servicio de habitaciones pero Marcy aún estaba algo impactada y Evan estaba bastante enfadado.

—¿Así que era cierto? ¿Helen te contrató para que me encontraras?

Shelby bebió un poco de café.

—Eso no es del todo cierto, me contrató para vigilar que tu amigo, Arnie Blanchard, no se acercara demasiado a ti —miró el plato de beicon—. ¿Te importa?…

—¿Arnie Blanchard? —Marcy miró a Shelby fijamente y le acercó el plato—. Su cara me resultaba familiar.

—¿Podríais explicarme quién es ese tipo? —exigió Evan.

—Arnie dice que es periodista, pero en realidad es un fotógrafo que se gana la vida destrozando la de los demás. Llevaba detrás de Marcy mucho tiempo, buscando algo para desprestigiar su imagen.

—¿Arnie ha estado persiguiéndome? —Marcy se quedó estupefacta —. ¿Cómo lo sabes?

—Helen tiene buenos informadores.

Evan la miró fijamente.

—Quieres decir que te tiene a ti.

—Yo sé dónde esta la información —Shelby terminó de comerse el beicon—.

Pero eso no es importante ahora. Lo que importa es que Helen sabía que Arnie estaba intentando desprestigiar a Marcy, sobre todo al saber que iba a hacer un programa de televisión. Sabía que ganaría mucho dinero si conseguía información exclusiva sobre Marcy Pruitt. Estuvo a punto de lograrlo esta mañana. Si lo hubiera logrado probablemente mañana hubieras aparecido en todos los titulares.

Marcy cerró los ojos y tomó aire. Necesitaba tranquilizarse pero Shelby tenía razón, si aquel fotógrafo se hubiera salido con la suya…

—¿Así que Arnie ha estado vigilándome desde que estoy aquí, en Wolf River?

¿Me ha estado haciendo fotos? —preguntó temblorosa.

Shelby negó con la cabeza.

—Llego aquí ayer, y le costó averiguar que eras tú. Creo que tu cambio de aspecto lo despistó un poco —Shelby dejó de hablar un

momento—. Por cierto, me encanta tu nuevo aspecto, lo que te has hecho es… —Evan tosió y Shelby dejó de hablar—. De acuerdo, seguí a Arnie anoche y lo vigilé para que no te molestara pero esta mañana se me escapó.

—Es una pena que no fuera yo el que abriera la puerta —dijo Evan —. Le hubiera destrozado la cámara.

—Eso hubiera sido una gran portada —dijo Shelby—. El director del hotel lo ha llevado a comisaría y allí lo retendrán hasta que tú te hayas ido.

Marcy de repente recordó que iba a regresar a Los Ángeles muy pronto. Miró a Evan y lo vio serio pero no sabía interpretar su mirada, no sabía si las palabras de Shelby lo habían afectado.

De repente Marcy pensó en algo que la dejó helada. Miró a su alrededor nerviosa.

—¿Sabes si…? ¿Hay algún…? —preguntó Marcy nerviosa.

—¿Micrófonos? No, no te preocupes, ¿quién te crees que soy? —le preguntó Shelby con un tono burlón. Pero al ver la expresión de Marcy decidió hablar en serio

—. Escúchame, reconozco que he estado pendiente de cada uno de tus movimientos pero créeme, tan solo vine aquí para evitar que Arnie consiguiera fotos tuyas. Helen me pidió que no le dijera lo que estabas haciendo, me dijo que si tú quisieras que ella lo supiera tú se lo contarías.

Marcy suspiró aliviada.

—Ella debería haberme hablado de Arnie.

—Eso lo tendrás que hablar con ella, ¿vas a comerte eso?

—Por qué no te lo llevas y sales de aquí, parece que ya has cumplido tu misión

—le sugirió Evan.

—Eso es verdad —dijo Shelby mientras se llevaba el plato—. Por cierto, he hecho averiguaciones sobre Arnie y a no ser que quiera que todo salga a la luz, no creo que te moleste más.

Marcy prefería no saberlo, pero le alegraba saber que aquel hombre no se acercaría más a ella.

—Gracias —le dijo Marcy a Shelby cuando ésta se levantó—. A pesar de las circunstancias, te agradezco todo lo que has hecho por mí.

—Tan solo estaba haciendo mi trabajo —Shelby se dirigió a la puerta—. Si alguna vez necesitas algo, Helen tiene mi teléfono — después miró a Evan—. Ha sido un placer conocerte, Evan.

Cuando Shelby salió Evan frunció el ceño.

—Ha estado cerca de nosotros todo el tiempo y no nos hemos dado cuenta.

Maldita sea, he sido un estúpido —negó con la cabeza y después acercó a Marcy hacia él y la estrechó entre sus brazos—. ¿Estás bien?

—Ahora estoy muy bien.

—Cuando vi a ese tipo haciéndote fotos te juro que sentí ganas de matarlo.

—La mayoría de la gente que conoce a Arnie siente unas repentinas ganas de matarlo —Marcy apoyó sus manos en el pecho de Evan—. Nunca pensé que a alguien le pudiera interesar tanto mi vida como para seguirme.

—Conozco al sheriff de esta ciudad, sé que si se lo pido, me dejará decirle un par de cosas a ese tipo.

Ella le selló los labios con un dedo.

—No hace falta, ya no volverá a molestarnos.

Evan se quedó quieto. Ella sabía que no debía haber usado aquella palabra, sabía que después de aquella tarde ya no hablarían en tercera persona y no quería que se sintieran incómodos en la despedida.

—¿Por qué no te das una ducha mientras yo hago la maleta? —levantó la mirada y le sonrió—. Necesito llamar a Helen.

Marcy vio un brillo en la mirada de Evan y durante unos instantes pensó que la iba a besar, pero se limitó a soltarla y a asentir.

—Tu vida no es sencilla, señorita Pruitt.

Ella pensó que estaría dispuesta a abandonar aquella vida por él, y lo haría si él se lo pidiera, pero el no se lo había pedido y ella no iba a mencionarlo. Lo único que podía hacer era sonreír y fingir que su corazón no estaba destrozado.

El sonido de las máquinas de cemento y las nubes de polvo de la obra estaban poniendo nervioso a Evan. El calor en el estado de Texas tan sólo dificultaba aún más las cosas.

Llevaba dos semanas en la nueva obra y tan sólo había tenido problemas. Los retrasos de las entregas, las confusiones sobre el lugar de entrega.

Tom se acercó a él.

—El generador se ha estropeado, he enviado a James a por una pieza nueva.

Evan suspiró y derramo su taza de café sobre unos planos que había estado mirando. Evan maldijo en voz alta.

Tom entró en la caravana.

—¿Qué tal ese pie? —le preguntó sin fijarse en su expresión de mal humor.

—Bien —en realidad el pie le dolía mucho, pero no estaba dispuesto a reconocerlo. El día anterior se había roto dos dedos del pie al dar una patada contra una roca tras una discusión con un inspector

—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Tom se sentó en una silla.

—Se ha roto mi taladradora.

Evan frunció el ceño.

—¿Y por qué me cuentas esto?

Tom se apartó el sombrero y lo miró fijamente.

—Pensé que tal vez tú podrías hacer los agujeros con esa mirada tuya.

—¿Quieres enfadarme?

—No hace falta, ya estas lo suficientemente enfadado tú solito.

—No sé a qué te refieres —Evan tampoco quería saberlo y volvió a mirar los planos mojados—. Vamos muy retrasados, Tom. Tú deberías saber lo mucho que esto puede costarnos.

—Y tú deberías saber lo que pasa cuando tus hombres se van de la obra.

Evan lo miró fijamente.

—¿Quién ha abandonado la obra?

—Nadie por ahora, pero como sigas gritando a todo el mundo los hombres se van a marchar.

Evan sintió ganas de decirle a Tom que lo dejara en paz, pero no lo hizo, sabía que Tom tenía razón. Llevaba un tiempo de mal humor y lo había pagado con sus hombres.

Y sabía por qué estaba de mal humor.

Era por Marcy.

No podía olvidarse de ella. No pasaba ni un solo día, ni una sola hora, ni un minuto sin pensar en ella. Llevaba dos semanas sin dormir, comiendo mal y de mal humor en el trabajo.

La echaba de menos. Echaba de menos caminar junto a ella, oírla reír, ver aquella mueca que hacía cuando se quedaba pensativa y echaba de menos contarle lo que había hecho cada día.

Nunca había sentido nada igual, ninguna mujer le había hecho sentir así…

Nunca se había sentido tan sólo.

No había hablado con ella desde que ella se había ido al aeropuerto. Shelby la había llevado porque ella había insistido en que iba en la misma dirección.

Él debía haber insistido, debía haberla convencido para llevarla él. Pero era como si Marcy tuviera prisa por librarse de él, por regresar a su vida en Los Ángeles, aquella vida acelerada de ciudad.

Él no quería aquella vida.

Pero quería a Marcy.

Él no sabía lo que ella sentía por él. Marcy tenía su número de

teléfono y no lo había llamado. Él no había podido reunir las fuerzas suficientes como para llamarla.

Sabía que debía estar ocupada preparando su programa de televisión. Lo último que querría era que él la molestara con una llamada tan sólo para saludarla.

—¿Así que soy un gritón, no?

—Muy gritón.

Evan se peinó con la mano y se tocó la cara.

Llevaba mucho tiempo sin afeitarse.

Sabía que tenía que hacer algo.

Pero no sabía el qué.

—Quedan diez minutos para empezar a emitir —dijo Sean Monahan, el director del programa de Marcy Pruitt. Después miró a Marcy—. ¿Qué tal estás?

Marcy sonrió y asintió con la cabeza, a pesar de que estaba muy nerviosa.

Detrás de ella estaban Helen y Anna, que no paraban de discutir sobre cambios de última hora.

Marcy recordó que tenía que respirar profundamente mientras cerraba los ojos para que la maquilladora pudiera arreglarla. Aquel día podía ser el más importante de su carrera, era el primer programa y el día en que la nueva Marcy Pruitt sería presentada al país.

Además el productor había decidido rodar con audiencia. Estaba muy nerviosa, así que intentó centrarse en la respiración, intentó pensar en un lugar agradable, tranquilo. Sin embargo de repente no estaba sola, Evan estaba junto a ella. Ella le sonrió y extendió la mano para tocarlo. Pero de repente desapareció.

—No frunzas el ceño, cariño —le dijo la maquilladora—. Te saldrán arrugas.

A Marcy no le importaban las arrugas, las arrugas no eran nada en comparación con un corazón malherido. Cuando se había ido de Wolf River había pensado que nunca podría sentir más dolor que aquel día, pero se había equivocado.

No sabía nada de Evan, aunque cada vez que sonaba su móvil se sobresaltaba.

Esperaba que fuera él. Cada noche miraba los mensajes, escuchaba el contestador, y cada noche deseaba que alguno fuera de él.

Pero parecía que él se había olvidado de ella.

—¡Faltan cinco minutos!

Estaba muy nerviosa pero prefería sentir los nervios del trabajo a la soledad. El trabajo la había salvado, le había dado una razón para levantarse cada mañana, para sonreír y actuar como si todo fuera

bien, aunque en realidad se sentía muy sola.

—Marcy —Helen se acercó a ella—. Cariño, necesito hablar contigo.

—¿Ahora? —preguntó la maquilladora—. Pero tenemos que…

—Es importante, quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti —le dijo Helen.

—Gracias —le dijo Marcy.

—Sé que no siempre he tomado las decisiones adecuadas —Helen tomó la mano de Marcy—. Pero te prometo que lo hago con buena intención.

—Helen, ya hemos hablado de esto. Ya entiendo por qué contrataste a Shelby, y está bien. Ya me dijiste que no volverías a hacerlo nunca, y nunca volverás a ocultarme nada, ¿no es así?

—Así es —Helen sonrió y apretó la mano de Marcy—. Sólo quiero que seas feliz, cariño.

De repente Marcy notó que los ojos de Helen estaban húmedos.

—Deja de hacer eso, no es el momento de ponerte emotiva conmigo.

—Ésa es mi chica, ahora déjalos sin palabras.

El director comenzó la cuenta atrás y Marcy se situó detrás de la cocina y se preparó para empezar.

—Bienvenidos al programa de Marcy Pruitt, yo soy Marcy Pruitt y estaré con vosotros durante la próxima hora.

El programa continuó y Marcy explicó a su público su cambio de aspecto y le pidió que le dijeran si les gustaba el cambio. Marcy dijo en qué consistiría el programa y después hicieron una pausa publicitaria. Cuando llegó aquel momento, Marcy suspiró aliviada. En la reanudación. Marcy explicó cómo hacer invitaciones caseras, aunque mientras lo explicaba se dio cuenta de que la que estaba sobre la mesa no era la que ella había preparado. Marcy la abrió y la leyó.

*Evan Carver y Marcy Pruitt quieren invitarte a su boda un mes cualquiera, un día cualquiera que Marcy elija.*

*Siempre que sea pronto*

*Evan Carver*

Marcy no sabía cómo reaccionar,, ¿acaso era una broma? Nadie podía ser tan cruel. Se quedó paralizada sin saber qué hacer. Escuchó el murmullo del público pero no podía hacer nada. De repente Helen le tocó el hombro y le dijo que mirara hacia arriba.

Cuando lo hizo lo vio.

Marcy vio a un hombre vestido de traje que se levantaba en la última fila. Era Evan. Las cámaras lo siguieron mientras él se acercaba a ella con un ramo de rosas en la mano.

Marcy no podía hablar, tampoco podía respirar. Él se detuvo delante de ella y le dio las rosas, después le dio la mano y la acercó hacia él.

Cuando estaba delante, Evan se arrodilló y ella pensó que se iba a desmayar.

—Marcy Pruitt —la miro fijamente y le ofreció una cajita de terciopelo azul—.

¿Quieres casarte conmigo?

Ella se quedó mirándolo y después miró al público.

Cada mujer del público parecía haberse quedado sin respiración, como ella misma. Marcy miró a Helen y a Anna, que estaban abrazándose y sonreían.

Marcy pensó que tendría que hablar con ellas sobre aquello.

Pero en aquellos momentos estaba un poco ocupada.

Marcy miró el anillo que Evan le ofrecía, y notó cómo su pulso se aceleraba.

—¿Que me case contigo? —fue lo primero que Marcy logró decir.

—Cásate conmigo, por favor —le dijo mientras le colocaba el anillo en el dedo.

En aquel momento él la besó, la besó como si nadie estuviera mirándolos. Y ella le devolvió el beso.

Todo el público se puso de pie y empezó a aplaudir y el director intervino para hacer una pausa publicitaria.

El director le dijo a Evan que tenía ocho minutos, ni un segundo más.

Marcy lo abrazó y Evan la tomó en brazos y la llevó detrás del decorado. Antes de que ella pudiera hablar, él estaba besándola.

—Te quiero —dijo él con los labios pegados a los de ella.

—Yo también te quiero —Marcy era inmensamente feliz—. Pero, ¿cómo?

¿Cuándo?

Él le selló los labios con el dedo.

—Me estaba volviendo loco sin ti, y también estaba volviendo loca a la gente de mi alrededor. Creo que si no hubiera venido a verte, mis hombres me hubieran amordazado y me hubieran traído.

—Eso está bien —dijo ella con una sonrisa.

Él también sonrió.

—Lo que quiero decir es que no puedo vivir sin ti, no quiero vivir sin ti, y si eso significa formar parte de todo esto, que sea así…

—Evan, acabas de declararte en la televisión, ¿por qué lo hiciste? ¿Y cómo?

—Porque decidí hacer lo único que pensaba que nunca podría

hacer, estar delante de una cámara. Pensé que si lo lograba y tú me decías que sí, lo demás sería muy fácil. Y bueno, llamé a Helen y ella me ayudó a hacerlo todo.

—¿Helen? ¿Fue idea de Helen?

—Ella lo habló con el productor y todos los demás colaboraron.

Marcy lo entendió todo, la conversación con Helen antes de empezar a emitir la había extrañado pero en aquellos momentos todo estaba claro.

—Así que todo ha sido una conspiración.

—Cualquier cosa para lograr que aceptaras, no sabía si querrías hacerme un espacio en tu vida, no quería que te lo pensaras demasiado.

—¿Sabes que estaba dispuesta a dejarlo todo por ti? Sería capaz de hacerlo ahora mismo, si tú me lo pidieras.

—No podría dejar a tus admiradoras sin tu receta de bizcocho de chocolate, estoy dispuesto a compartirte durante el día, señorita Pruitt, pero no durante la noche.

La idea de ser de él la llenó de alegría.

—Pero, ¿y qué hay de tu empresa? ¿Cómo podrás…? —Jacob va a dejar de ser detective privado, él se encargara de la empresa en Texas, junto con Tom. Yo abriré una filial aquí.

—¿Vas a mudarte a Los Ángeles? ¿Vas a trabajar aquí? —Marcy no podía creerlo.

—Por supuesto que sí, tengo que vivir en la misma ciudad que mi mujer.

Marcy repitió aquella palabra una y otra vez.

Sintió ganas de llorar pero tendría que seguir con el programa de un momento a otro y no quería que la vieran llorar.

—Además, ¿en tu pequeña casa cabemos los dos, no?

—En realidad no es tan pequeña, tiene cinco mil metros cuadrados.

Él la miró sorprendido.

—Bueno, entonces no tendremos problemas de espacio cuando tengamos niños.

Cuando Evan dijo aquello Marcy no pudo controlarse y comenzó a llorar. Él la estrechó entre sus brazos.

—Tan sólo dime cuándo y dónde, cariño.

—Hablaremos de eso más tarde, cuando pueda pensar con claridad, y donde…

Bueno, conozco una capilla preciosa en Texas.

Él sonrió y le besó la nariz.

—Estaba deseando oírte decir eso.

—¡Marcy! —Helen asomó la cabeza—. Las líneas telefónicas están

saturadas y los mensajes no dejan de llegar, ¡todo el mundo te quiere!

Si Helen no hubiera desaparecido tan rápido, Marcy le podía haber dicho que sólo necesitaba que una persona la quisiera.

Y aquella persona, pensó Marcy mientras besaba y abrazaba a Evan, estaba junto a ella.

**Fin**